

DE LA SILLERÍA BRUGUERA

PUNTO

ROJO

a través de la ventana

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



eb

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.374 - Invierno caliente.

En Colección PUNTO ROJO:

759 - Solo mueren las hermosas.

En Colección ASES DEL OESTE;

652 - El último en reír.

En Colección SALVAJE TEXAS:

888 - Tierra de colosos.

En Colección KANSAS:

863 - Siembra de violencia.

En Colección BRAVO OESTE:

584 - Senderos de venganza.

En Colección COLORADO:

877 - La muerte visita Wyoming.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

244 - La cañada del lobo.

En Colección MUJERES MARCADAS:

330 - ... Es mi hermana.

VIC LOGAN

A TRAVÉS DE LA VENTANA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 768
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02520-X

Dépósito legal: B. - 46.607 - 1976

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: enero, 1977

© Vic Logan - 1977
sobre la parte literaria

© Antonio Bernal - 1977
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

PRÓLOGO

PARIS A PRINCIPIOS DE VERANO

El secuestro de un avión, el atraco a mano armada en una entidad bancaria, el asesinato de un líder político por un grupo terrorista...

Son cosas que se leen a diario en la prensa.

De tan repetidas han dejado ya de ser noticia sensacional.

Tal vez por eso el hombre —un hombre cualquiera de calle— arrojó a la papelera el periódico que había estado hojeando.

En ese diario podían leerse todavía noticias del eminente profesor Albert, secuestrado la semana anterior cuando regresaba de Londres, en compañía de su hija, dispuesto a fijar nuevamente su residencia en Francia, su tierra natal.

El hombre que había arrojado el periódico a la papelera ni siquiera prestó atención al portentoso automóvil que se detenía frente al edificio que albergaba la Sede del Servicio Secreto Francés, ni tampoco se fijó demasiado en el singular personaje con aspecto de potentado que se apeaba del coche, conducido por un uniformado conductor que le abrió la portezuela gorra en mano.

Sin embargo, el nombre honorable de Herbert Lodge Parker era bien conocido en las altas esferas.

El curioso y orondo individuo de maneras afeminadas avanzó con paso decidido hasta la puerta del edificio. Tenía una cita importante con uno de los jefes de la Seguridad Nacional.

Aparte de su complexión física y sus peculiares instintos, lo más sobresaliente del opulento —en carnes y posición económica— visitante eran sus datos personales.

A saber.

Nombre inglés (o americano). Residencia francesa y pasaporte

suizo. Sin olvidar sus facciones decididamente teutónicas. Una extraña mezcla en verdad.

Como pez gordo sólo podía ser recibido por un alto cargo del Departamento, que ya le estaba esperando.

—Siéntese, señor Lodge —le invitó el titular del despacho.

—No le robaré demasiado tiempo —adujo el visitante con una vocecilla nada acorde con su corpulencia—. Sé lo que vale el mío y tampoco me gusta perderlo.

—Supongo que su visita estará relacionada con el secuestro del profesor Albert.

—Exactamente. Ya le adelanté algo por teléfono. Y quisiera saber qué se ha hecho, exactamente, para averiguar su paradero. Tengo un gran interés en ese hombre. Es conocido mío por más señas.

—Sólo puedo responderle con cinco palabras: estamos en el buen camino.

—Lo celebro. De veras. ¿Cuándo estará libre?

—Esto, por el momento, es imposible saberlo.

—¿Y su hija? Esa pobre muchacha... ha sido un golpe para ella.

—Tenemos vigilada su residencia. No da un solo paso sin nuestra protección. Ella lo ignora, naturalmente, pero puede decirse que sabemos lo que hace a cada minuto.

—Lo cual me alegra. En fin... espero que en una próxima y no lejana ocasión pueda darme mejores nuevas.

—Yo también lo deseo, señor Lodge...

El visitante se puso en pie en el momento en que sonaba el teléfono del alto funcionario.

—¿Sí? Sí. Soy yo. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Pero cómo ha podido ocurrir? Sí, sí, de acuerdo. Ya hablaremos luego. Conforme —y colgó.

Evidentemente el hombre había recibido una mala noticia y su semblante dejaba traslucir la contrariedad.

—¿Algún contratiempo? —inquirió Lodge.

—Sí... —Y tras una pausa añadió—: Usted puede saberlo. Hemos perdido el control de la hija de Albert.

—¡No! —Ahora el consternado era Lodge.

—Daremos con ella nuevamente.

—¡Hagan algo de inmediato! Esa pobre chica...

—Le ruego que me deje ahora. Tengo qué hacer.

—Me hago perfecto cargo —estaba ya en la puerta y se volvió para preguntar—: No se tratará de un nuevo secuestro, ¿verdad?

—No sé nada, pero por lo que sabemos había entrado en contacto con personas poco recomendables. Es todo lo que puedo decirle...

El visitante adoptó una actitud ofensiva e increpó:

—La verdad es que no han sido muy eficientes. Tendré que hablar con el propio presidente. Yo nunca abandono a mis amigos.

Y abandonó el despacho con gesto de dignidad ofendida.

El hombre de la Seguridad Nacional masculló entre dientes:

—¡Vete al diablo! Sólo me faltaba ese... ¡Maldita sea su estampa...!

Y tomó el teléfono para empezar a dar órdenes.

Herbert Lodge Parker subió nuevamente al automóvil en cuyo interior le aguardaba su inseparable secretario. Un francés de unos treinta y pocos años de aspecto y complexión normales. Alto y hasta bien parecido, con elegante y austera vestimenta.

—¿Todo bien, señor? —preguntó el secretario tan pronto como el automóvil había sido puesto en movimiento por el chófer, que lo conducía, aislado por los cristales separadores a prueba de ruidos.

—Las cosas no pueden ir mejor, Christian... ¡Oh, mi querido y leal amigo! He llegado en el momento oportuno. Todo cronometrado como en una operación militar...

—Me alegro, señor.

—Todo va por buen camino. ¿Sabes? La hija de Albert ya no está sujeta a la vigilancia de esos inútiles. Bora ha trabajado bien y ha conseguido despistarles a todos. Ahora podré seguir con mi plan...

Tras un silencio que el secretario no osó interrumpir, deduciendo que su jefe estaba pensando, el propio Lodge añadió:

—Claro que... no acabo de fiarme de ese muchacho. A veces pienso que está tramando algo. ¿Tú qué opinas?

—No tengo elementos de juicio, señor. De todos modos, es tarde para desconfiar. Él sabe mucho de este asunto.

—Sí. Puede que sepa demasiado —replicó el orondo Herbert Lodge Parker y se quedó silencioso con el pulgar en la boca, otra de sus costumbres.

Christian le interrumpió por una vez.

—Señor. ¿Es usted realmente amigo del profesor Albert? Quiero decir si le conocía íntimamente...

La pregunta causó la hilaridad del gordo.

—¡Oh! Si sólo le vi una vez. Le saludé eso sí... Era cuando estaba estudiando la posibilidad del secuestro. Voy a conseguir una fabulosa cantidad de millones por él. Y, sobre todo, prestigio. Mucho prestigio. Hay que saber vivir todas las facetas de la vida.

—¿Y la hija, señor? —preguntó el secretario.

—¡Oh! La visité un par de veces en París. Ella cree realmente que soy un gran amigo de su padre, un filántropo de la ciencia que venera a todos los científicos y que como tal soy un fan de Albert —rió sus propias palabras—. ¿Quién puede pensar que un hombre como yo tenga que ver con ese secuestro?

Otra pausa y añadió:

—La chica confía plenamente en mí... Todos confían en mí. Los altos cargos, incluso, me reciben en todas partes. De este modo puedo estar al corriente de las pesquisas que realizan, por eso he acudido a esa cita hoy...

—Siempre he dicho que es usted realmente un genio de la inteligencia, señor —aduló el secretario sin variar el rictus sobrio e impenetrable de su faz.

—Bastante inteligente, Christian, bastante inteligente... Y de momento soy de las pocas personas que saben dónde está en estos momentos el célebre y buscado profesor Albert...

Y adoptó, llevándose la palma de la mano derecha al pecho e irguiendo el busto, una pose seudonapoleónica.

CAPÍTULO PRIMERO

Antoine Deladier estaba sentado como cada tarde frente a la máquina de escribir acabando un artículo sobre los cada día más numerosos accidentes de carretera.

Era su oficio. Cronista de sucesos en el *Lyon Spoir* y lo que saliera para las revistas que solicitaban su colaboración.

Lo que estaba haciendo iba destinado al semanario *El mundo del volante* y debía remitirlo por correo aquella misma noche, pero no estaba demasiado seguro de poderlo terminar.

Eran las cinco, y a aquella hora tenía una cita con la ventana.

Sí. Con la ventana.

La cosa había empezado una semana antes, cuando se asomó en busca de inspiración y aire fresco y vio, en el piso de enfrente, el tercero exactamente —uno más bajo que el suyo— a una colega dándole a la máquina.

Bueno. Antoine no sabía exactamente si era colega o no. Lo que sí le constaba es que se trataba de una mujer joven y realmente hermosa y que —debido al calor sin duda— escribía en paños menores. Bueno. Casi sin paños.

Naturalmente la bella no se había dado cuenta de aquel espionaje a que era sometida.

No es que Antoine fuera un reprimido ni mucho menos. Antoine era... simplemente un hombre que estaba solo, que tenía calor y al que le gustaban las chicas, sobre todo si eran como la escritora de enfrente. Verdaderamente aquélla era de las que le recomendaba el médico, y claro, en cuestión de mujeres él era su propio médico.

La calle Barlet no es de las más anchas, pero sí lo suficiente para poder ver lo que hacen los vecinos de enfrente, aunque no oírles, excepto si hablan a gritos.

La calle Barlet es de las que van de río a río, es decir de La Saône al Rhóne.

Si van a Lyon no busquen la calle Barlet porque no la encontrarán, es una calle imaginaria que bien pudiera existir con otro nombre. En realidad, en una calle como ésta, y en otro lugar, se desarrolló esa historia autentica.

Antoine decidió que ya estaba bien de hacer de *voyeur* y decidió acicalarse y visitar personalmente a la escritora.

En el momento de su decisión observó que la mujer acababa de recibir la visita de un tipo de pelo rubio y abundante, lo cual le fastidió bastante.

—Debí haberme decidido antes —dijo, en voz alta.

Siguió mirando ya sin demasiado interés al ver que ante la presencia del tipo rubio la escritora se apresuraba a cubrirse con una bata que tapaba todo su cuerpo.

Luego empezó la discusión. El tipo tenía cara de pocos amigos y parecía estar dando rienda suelta a todo su mal humor. Ella discutía también.

A continuación, empezaron las amenazas. El rubio levantó la mano con ánimo de golpearla.

—¡Maldita sea! Esta chica está en un apuro.

La golpeó. ¡Vaya si la golpeó!

—Le voy a... —empezó el periodista casi dispuesto a saltar por la misma ventana que le servía de tribuna observadora.

La escritora había caído al suelo y ahora el rubio buscaba en unos cajones. Ella se incorporó y fue tras él, pero el tipo se la sacó de encima de un empujón.

Después pareció haber encontrado lo que buscaba y acto seguido cuando ella trató de arrebatárselo él volvió a golpearla, esta vez sin duda con más fuerza, porque la muchacha cayó al suelo fuera de combate.

Todo sucedió en escaso tiempo, y hasta ahí pudo aguantar Antoine que tomando una camisa salió de la casa y sin esperar el ascensor saltó los escalones de cuatro en cuatro hasta llegar a la calle ya con la camisa puesta, pero aún sin abrochar.

Cruzó la calzada sin mirar y su acción hizo surgir un brusco frenazo y el subsiguiente impropio del conductor que a punto estuvo de atropellarle.

Ya en el portal de la vecina optó nuevamente por subir a pie los tres pisos que le separaban de ella.

Se cruzó con el ascensor que bajaba. No había nadie dentro. Sin duda el rubio había tenido tiempo de huir. Muy poco tiempo, pero el suficiente para no cruzarse con él. Claro que a Antoine lo que le preocupaba era el estado de la muchacha.

De las dos puertas del rellano del tercer piso no tuvo que esforzarse en encontrar la que le interesaba porque estaba abierta.

Entró como una exhalación y escuchó el tímido gemido de la muchacha que estaba volviendo en sí.

Fue directamente al lavabo después de pasar cerca de ella. Empapó con agua una toalla y llenó un vaso.

—¿Cómo se encuentra?

Le dio el agua e hizo intención de frotarle el rostro con la toalla.

Ella, muy extrañada, preguntó:

—¿Quién es usted?

—Un vecino. Vivo ahí enfrente. Estaba asomado y usted... tenía la ventana abierta...

—¿Lo ha visto? —inquirió ella.

—Sí. Todo. Nunca se me olvidará ese tipo. ¡Palabra! Y puede contar conmigo como testigo. Iremos a la policía y...

—Por favor... —pidió ella y tomó el agua. Luego Antoine la ayudó a levantarse y la sentó en el sofá.

—¿Se encuentra mejor?

—Creo que sí.

—Dígame qué puedo hacer por usted.

Ella le miró con profunda tristeza y luego le hizo una petición que a Antoine le pareció bastante extraña.

—Si de veras quiere ayudarme no avise a la policía, ni comente esto con nadie.

—Pero la han atacado. Y ese tipo se llevó algo de... —Buscó con la mirada y señaló el pequeño mueble de cajones— de ahí.

—Sí. Lo sé —balbució ella.

—¿Y no piensa denunciarlo?

—No. No puedo —musitó ella.

—Hummm... Si ése es su deseo. —Antoine hizo un gesto de completa incompreensión.

—Creo que necesito salir para que me dé el aire —repuso ella, al cabo de un silencio.

—La acompañaré. A propósito. Mi nombre es Antoine Deladier.

Tony para los amigos.

—Me llamo Marina.

—¿Marina? ¡Oh! Es bonito.

—Me lo puso mi padre.

—Pero usted vive sola. ¿No?

—Sí, sí. Perdone. Voy a arreglarme en un momento.

Marina estuvo ausente unos cinco minutos que el periodista aprovechó para observar detenidamente y de cerca aquella habitación que sólo conocía a través de la ventana.

La mesita con la máquina de escribir, el *puff* donde ella se sentaba, el mueble, el tresillo junto a la otra pared, otra mesita y una pequeña biblioteca. Todo muy simple, muy funcional.

Marina reapareció con un sencillo conjunto veraniego dispuesta a salir a airearse.

Ya en la calle el intrigado Antoine —o Tony—, inquirió:

—¿Quiere ir a un sitio donde podamos hablar tranquilamente? Conozco un bar cerca del Rhóne que tiene buena refrigeración.

Ella accedió.

—Tengo también a un amigo que pertenece a la policía judicial. Si quiere...

—¡No!, por favor —suplicó vehemente la muchacha—. Nada de policía. No se le ocurra...

CAPÍTULO II

La temperatura del Roland Bar era deliciosa, Marina resultaba estupenda y Antoine, aunque lo pasaba bien, seguía intrigado con la actitud de la muchacha empeñada en querer silenciar a toda costa la agresión y el robo de que había sido objeto.

—¿Por qué no confía en mí? Somos vecinos y le aseguro que sé guardar un secreto... aunque sea periodista.

Tras un silencio ella sonrió y agradeció el ofrecimiento de Tony.

—Gracias. Es usted muy gentil.

—Bueno. Si no quiere decir nada, cambiemos de tema. Mire, para empezar, voy a serle sincero. Tenía deseos de hablar con usted.

Ella no hizo el menor comentario. Soltó lo que pensaba:

—Ellos ya tienen lo que querían.

—¿Cómo?

—Dios quiera que no ocurra nada. Nunca podría perdonármelo.

—Necesita hablar, Marina. Lo presiento —murmuró él.

Ella lo pensó un instante y al fin se decidió:

—¿Ha oído hablar usted del profesor Albert?

—El célebre profesor Albert. El científico...

—Es mi padre —susurró ella, como temiendo que alguien más pudiera escucharla.

—¡No me diga!

—Le contaré el porqué no quiero que la policía sepa lo ocurrido, y usted lo comprenderá. Tengo que hacerlo, ¿sabe? Usted lo ha visto todo y podría pensar Dios sabe qué cosas.

—Sólo me creeré lo que usted me diga.

Y Marina empezó a hablar y hablar con una profunda necesidad de desahogarse.

Tony no se sorprendió demasiado, a pesar de lo novelesco de la historia y comprendió perfectamente los fundados temores de la joven si a aquel asunto se le daba publicidad.

Cuando ella hubo terminado su relato, el periodista prometió ser discreto y dio su palabra que haría lo posible para ayudarla.

El primer paso de Tony Deladier fue entrevistarse con su amigo Gastón Marsac de la policía judicial.

El encuentro tuvo lugar en uno de los cruceros que recorren el Rhône. Un corto viaje de placer para sacudirse el calor agosteoño.

—¿Por qué no viniste a mi despacho? —inquirió el policía. Un hombre joven aún, vigoroso y observador.

—Porque esto es una confidencia y es mejor que nadie me vea acudir a la policía. Para llegar aquí he dado unas cuantas vueltas para evitar que me siguieran.

—¿Te siguen?

—No lo sé. Pero toda precaución es poca. Puedo comprometer a esa chica.

—¿Qué chica?

—Despierta de una vez, Gastón. Te lo he dicho. Se llama Marina. Marina Albert. ¿No te suena este nombre?

—Hay muchas que se llaman así.

—Profesor Albert —susurró Tony y encendió un cigarrillo y enseguida advirtió que había olvidado ofrecerle otro a su amigo—. Toma.

—No, gracias, no fumo. He decidido dejarlo. Bien, sigue —adujo el policía acodándose sobre el pasamanos de la borda de la embarcación.

—Bien. No sé si sabrás que el profesor Albert estuvo trabajando en la Unión Soviética por espacio de varios años —explicó Tony, entrando en el tema.

Gastón hizo un gesto afirmativo.

—Por las razones que sean decidió irse.

—Se fugó, que no es lo mismo, pero para el caso es igual.

—Bueno. La política, ya sabes. Parece que no estaba de acuerdo con ciertos detalles.

—Al grano —instó Gastón.

—Bueno. Albert fue secuestrado. ¿Lo sabías también?

—De eso ya se ocupó la prensa en su día.

—Y no ha vuelto a aparecer.

—Yo no he leído nada al respecto. Claro que no me ocupo de esto.

—Bien. Marina, la hija del profesor, insiste en que no fueron los rusos quienes lo secuestraron, sino una organización que lo retiene para ofrecérselo al mejor postor.

—Albert es realmente una eminencia y tenía en estudio unos proyectos realmente interesantes. Es lógico que haya naciones a las que les gustaría tenerlo para que trabajara para ellas.

—Y los más interesados son los rusos, a fin de que Albert no pueda divulgar los secretos que se llevó al salir de allí —afirmó el periodista.

Gastón permaneció en silencio dando la impresión de que estaba pensando.

—Esto puede ser interesante para los de la Seguridad Nacional.

—Lo que interesa es no armar ruido.

—Por descontado. Oye. ¿Recuerdas al tipo que atacó a Marina?

—Ése nunca se me olvidará. Sobre todo, su rubia pelambrera.

—Podía ser un postizo.

—Tal vez, pero vi perfectamente su expresión.

—Entonces haré que ojees un par de álbumes de recuerdos. Quizá encuentres a ese hombre. Cuando el barco se detenga, tomaremos un taxi y te vienes conmigo.

—Pero...

—¡No te preocupes, hombre! Si te han seguido ya nos han visto juntos.

—¡No me han seguido!

—Entonces no tienes nada que temer.

Una hora más tarde Tony estaba enfrascado en la contemplación de rostros y más rostros, todos ellos pertenecientes a gente poco o nada recomendable.

—Un buen álbum familiar —sonrió el periodista.

—Recuerdos. Los conozco a casi todos. ¿No has encontrado al tuyo?

—Por ahora no —pasó la página y de pronto quedó mirando uno de los retratos. Era un rostro tomado de frente y de perfil en sendas fotos.

—¿Qué?

—¡Éste! Te dije que no olvidaría su cara. Y no era peluca lo que llevaba —paso el álbum al policía y éste asintió:

—Me lo temía. Es Bora, Anastas Bora. Un viejo amigo. Salió del

campo delictivo común para pasarse al complejo mundo de los agentes más o menos secretos. Desde luego, no es un idealista, y esto debe darle para vivir. Pero no es asunto mío. Aunque si puedo echar una mano —y tomó el teléfono.

—¿Que vas a hacer?

El de la Judicial le reclamó silencio, mientras esperaba establecer comunicación con el número que acababa de marcar.

—¡Gastón! Te he dicho antes que ese tipo se llevó algo muy importante que es necesario recuperar. El profesor lo dejó para entregarlo a un colega en caso de que a él le ocurriese...

No pudo terminar porque Gastón Marsac estaba ya hablando con la persona a la que acababa de llamar.

—¿Milon? Soy Marsac. Tengo algo que puede interesarte. ¿Te acuerdas de Bora, Anastas Bora...? ¡Sí! Ya suponía que te acordarías. Pues bien, parece que está en activo y ha vuelto a las andadas... Sí, ha robado algo perteneciente al profesor Albert... Ya pensé que te interesaría... Bueno, voy a mandarte a un amigo mío... Sí un buen amigo... Sí, sí. Él vio todo lo que pasó... ¿El nombre de mi amigo? Sí... Se llama Tony Deladier. Antoine, sí... No, naturalmente... Dime dónde quieres tener la cita con él... De acuerdo.

Gastón colgó y con un ademán, murmuró:

—Todo resuelto. Podrás explicar lo mismo que me has contado a mí, a Jean Milon. Es de la Seguridad Nacional. Pero debes tener discreción y evitar que te sigan.

—Descuida.

—Te interesa esa chica, ¿eh? Oh,
l'amour,
l'amour!

—Marina es muy guapa, sí. Pero en estos momentos sólo pienso en ayudarla. Palabra.

—Que tengas suerte. ¡Y cuidado!

—Lo tendré —aseguró el periodista.

CAPÍTULO III

El parque de Lyon fue el escenario elegido para el paseo matinal de la pareja. Antoine ardía en deseos de explicarle que ya todo estaba en marcha y que los de la Seguridad Nacional se habían tomado muy en serio lo ocurrido la otra tarde en el apartamento de Marina.

—Esta noche tengo una cita con un miembro de la Seguridad Nacional.

—No sé cómo agradecerte lo que haces por mí —dijo ella, y espontáneamente le besó en la mejilla.

A Tony le agrado el inesperado premio y sonrió alegre:

—Oye. Da gusto hacerte favores.

—Eres muy bueno conmigo.

—Es un deber lo que estoy haciendo. Tú estás sola. ¿Qué habrías hecho?

Marina no respondió.

—Verás como todo se arregla, porque con todo esto, no debes sentir el menor deseo de escribir. Al menos, a mí me ocurre. Cuando estoy preocupado por algo no puedo centrar mi atención. Supongo que debe ocurrirle a todo el mundo.

—Yo no soy profesional como tú. Intento abrirme camino. He hecho algo sin demasiada importancia. Sólo para subsistir.

Y Marina explicó que entretanto no pudiera hacer nada en serio se dedicaba a escribir historias cortas. Romance y aventura.

—¿Te parece esto poco serio, con la cantidad de ediciones que se venden?

—Me gustaría escribir un gran libro.

—Eso es la ilusión de todos los que nos dedicamos a esto. ¿Has probado de intentarlo en algún periódico?

—No...

—Déjalo de mi cuenta. Hablaré con un amigo mío...

Y siguieron hablando de cosas más o menos trascendentes. Y la mañana finalizó comiendo juntos en un restaurante de las afueras.

Tras la comida subieron a La Fourvière.

—Aquí tengo la cita esta noche —dijo él—. En el anfiteatro romano.

—Ten cuidado —dijo ella tuteándole ya, después de la comida.

—Lo tendré.

—Pensarás que soy muy egoísta, pero temo por mi padre. Si comprueban que ya no puede serles útil, le matarán.

—Eso no ocurrirá, ten confianza.

—El contenido de la nota que me robaron era de vital importancia para ellos —insistió la muchacha—. Ahora ya la tienen, y pienso que...

—Prohibido pensar —murmuró Tony poniéndole el índice en la boca.

Luego la besó y no precisamente para hacerla callar. Ella se entregó totalmente.

Aquella tarde decidieron ir al cine.

A las seis él la devolvía a su casa con una advertencia:

—Asegúrate antes de abrir la puerta a nadie. ¡Ah! Yo tengo que terminar un artículo. Hasta las ocho estaré en casa. Ten la ventana abierta, así podré verte.

Ella asintió con una sonrisa.

Ciertamente Antoine no pudo concentrarse demasiado en su trabajo, pero a las 8.15, bien que mal, lo había terminado. Lo metió en un sobre, se arregló ligeramente y acudió a la ventana para echar un beso a Marina que seguía allí. Agitó la mano en señal de despedida y luego salió.

Primero iría a echar la carta, luego cuando ya empezara a oscurecer —con dos horas de adelanto sobre el horario solar, hasta las nueve había luz—, subiría de nuevo a La Fourvière para entrevistarse con el hombre de la Seguridad Nacional.

Convencido de que nadie le había seguido, Tony bajó del funicular y se dirigió hacia la calle Saint Bartholemy. Eran las nueve quince de la noche y la luz diurna había desaparecido por completo. La luz de la calle era escasa y más abajo los anfiteatros estaban casi a oscuras.

Tardó unos diez minutos en llegar a la entrada del parque. Se

volvió antes de seguir adelante para comprobar, pero entonces le pareció ver una sombra. Prestó atención y vio a un individuo que se metía en un portal.

Pensó que se trataba de un vecino y se metió en el parque.

Ya que no conocía la identidad del hombre de la Seguridad Nacional sólo podía seguir las instrucciones que le diera su amigo Gastón.

Todo lo que tenía que hacer era sentarse en una de las grandes gradas del anfiteatro mayor y aguardar. Un individuo —quizá acompañado de otros— se le aproximaría y le llamaría por su nombre. Nadie más sabía que él estaba allí. Excepto el propio Jean Milon, Gastón Marsac y él. Bueno, y Marina, que a fin de cuentas era la interesada en que todo saliera bien.

Se sentó en una grada intermedia y consultó nuevamente la esfera luminosa de su reloj.

Las diez treinta y cinco.

—Más o menos ésta es la hora —dijo, para sí.

Transcurrieron otros cinco minutos y le pareció que en la parte baja aparecían un par de sombras. Siguió sentado.

Inmediatamente apareció un tercer personaje. Las dos primeras siluetas se quedaron en el mismo sitio, el último en aparecer avanzó hacia las gradas.

Desde su asiento, Tony le vio cruzar la parte baja y luego empezó a subir.

El periodista se puso en pie. El recién llegado, tres gradas más abajo y sin sacar las manos que llevaba hundidas en los bolsillos del pantalón preguntó:

—¿Antoine Deladier?

—Yo soy —respondió el aludido—. ¿Usted es Milon?

—Sí. Vamos arriba.

Antoine le siguió. Y una vez arriba el de la Seguridad Nacional le indicó una rampa al final de la cual había una caseta. Allí se dirigieron y una vez dentro Milon tomó la palabra.

—Ahora dígame lo que usted sabe. Cuéntemelo todo.

El periodista contó desde el principio cómo se habían desarrollado los hechos en el apartamento de Marina y cómo él lo había visto todo. Terminó el relato con la visita a su amigo de la Policía Judicial.

—Ya lo sabe todo. Él le llamó a usted. Y aquí me tiene.

—Perfecto. Ahora escúcheme bien. Preste atención a lo que voy a decirle y no lo olvide.

—Haré lo que usted me aconseje —prometió Tony.

—Es muy sencillo. Olvídense de todo. De lo que vio, de lo que me ha contado. De todo. Incluso de Marina. Aléjese de ella. No vuelva a verla...

—Oiga, pero...

—Mire, muchacho. Éste no es un asunto para aficionados. Créame. Retírese y deje el asunto en nuestras manos.

Aunque el de la Seguridad Nacional había sobrepasado los cuarenta le molestó el tono que empleaba para con él. Sobre todo, que le hubiera llamado muchacho en un plan marcadamente paternalista.

—Yo no pretendo entorpecer su labor. Creí que acababa de hacerles un favor...

—Y nos lo ha hecho.

—Bien. Entonces, ¿por qué me pide que me aleje de Marina?

—Ya veo que no le ha sentado bien —repuso Milon—. Bueno, intentare que lo comprenda.

Hizo una pausa y añadió:

—Usted no querría que le ocurriera algo malo a esa muchacha, ¿no es así?

—Por supuesto que no.

—Entonces siga mi consejo. Usted ya hizo lo que debía, cumplió con un deber de ciudadanía y caballerosidad. Ahora sepa retirarse en beneficio de la chica. Prométame que lo hará.

—Lo siento. Eso no puedo prometérselo.

—Peor para usted y para ella. Conste que le he advertido. Es usted amigo de Marsac. No me gustaría verle metido en un lío, muchacho.

¡Y dale con lo de muchacho!

—¡Oiga, buen hombre! —pensó que no estaría nada mal llamarle buen hombre—. Soy mayor de edad, sabe.

—Entonces compórtese como un adulto —y el tipo hizo intención de dar la vuelta.

—¡Espere! ¿Y el profesor? Su vida corre un serio peligro.

—Lo sé, y conseguiremos averiguar su paradero. De eso puede

estar seguro —y antes de desaparecer definitivamente añadió—: ¡Ah! Y otra cosa. No se le ocurra llamar al Departamento. Usted y yo no hemos hablado jamás. No llame, porque podrían interferir la llamada, no aparezca por allí, pues podrían seguirle. Un aficiónalo apenas lo nota... Buenas noches, muchacho.

Y el de la Seguridad Nacional le dejó a solas con las tripas revueltas de contrariedad.

—¡Maldita sea! Tanto misterio para pedirme que me aleje de Marina... Bien, veremos.

Cuando salió del recinto vio ante sí una cabina telefónica y le entraron deseos de llamar. Luego vio otra cosa que llamó su atención. La sombra que antes se había ocultado en el portal. Quizá no era la misma, pero era el mismo portal.

CAPÍTULO IV

Antoine siguió calle abajo sin prisa, atento —sin mirar— al tipo que indudablemente le seguía a unos setenta u ochenta metros.

Para cerciorarse dobló por un corredor entre dos villas y avanzó deprisa hacia la parte alta.

Al volverse observó cómo el hombre venía corriendo por el mismo corredor.

—¡Ajá! Te he descubierto —sonrió el joven y decidió esperarle oculto tras un árbol de grueso tronco en el inicio de la pequeña plaza.

Su seguidor aumentó el ritmo de la carrera y llegó a lo alto, jadeante. Trató de orientarse en busca de su perseguido.

Se sucedieron unos segundos de tensión. El tipo no se decidía a dar un paso y Antoine, por su parte, contenía la respiración para no delatar su presencia.

La verdad es que no estaban lejos el uno del otro, pero el periodista, aun a pesar suyo, recordaba las palabras del hombre con quién acababa de sostener la entrevista.

«Éste no es trabajo para aficionados».

Luego recordó su mención a los profesionales.

Pensó en que estaba de acuerdo en ser un aficionado, pero de esto a achicarse simplemente porque un tipo le siguiese mediaba un abismo.

El hombre que estaba cerca del árbol se movió con sigilo con intención de adentrarse hacia la plaza arbolada.

Antoine se preparó para salir a su encuentro y sorprenderle.

El tipo se situó en la otra parte del tronco, pegadito allí y el periodista pensó que si aquello lo viese en una película sería le entrarían ganas de reír. Pero estaba sucediendo de verdad y él era uno de los protagonistas.

Por fin el hombre asomó y Antoine salió raudo y le sujetó por las

solapas de la cazadora veraniega.

—¡Qué diablos anda buscando! Si es a mí, ya me tiene.

El otro, con un gesto rápido, se desprendió del agarrón e inmediatamente trató de pasar al ataque.

Antoine no se mostró demasiado ortodoxo y como lo que le interesaba era acabar cuanto antes, le soltó una patada en la espinilla que arrancó una exclamación de inesperado dolor a su rival.

Aprovechó la ligera ventaja para golpearle con toda la fuerza de que fue capaz. Le alcanzó en pleno mentón y quedó sorprendido de los fulminantes efectos de su pegada porque el tipo cayó cuan largo era con muestras visibles de atontamiento.

Ya Antoine no aguardó a que el otro se reanimara y aprovechó para largarse en el instante en que aparecían dos gendarmes montados en bicicletas. Sus luces, indudablemente, habían detectado algo y por ello el periodista optó por echar a correr. Eligió la escalera por donde los policías no podían seguirle, al menos en bicicleta y su aguante y rapidez pusieron la suficiente tierra de por medio ya que, prácticamente, no dejó de correr hasta llegar al puente Bonaparte que cruza aquel lado de La Saône.

Jadeante, repuso fuerzas, aminorando el paso. Cruzó el puente y se dirigió a su casa que estaba a unos cinco minutos escasos de distancia.

Al llegar al portal vio un taxi parado en la otra acera. Estuvo tentado de ir al apartamento de Marina, pero decidió llamarla por teléfono.

«No ocurrirá nada por llamarla», pensó.

Subió con el ascensor sin pensar ni remotamente que en aquellos momentos la muchacha también estaba en el ascensor, pero en el de su escalera y llevaba consigo una maleta como si estuviera dispuesta a salir de viaje.

Cuando el periodista entró a su casa fue directamente hacia la ventana.

Marina salía en aquellos momentos del portal para entrar en el taxi.

—¡Cielos! —exclamó Antoine al verla.

Iba a llamarla, pero la muchacha estaba ya dentro del coche y éste se ponía en marcha.

Instintivamente Tony salió de casa y corrió por la escalera como alma que lleva el diablo.

Cuando salió a la calle, el taxi doblaba hacia la derecha.

—¡Marina! ¡Marina! —gritó, sin importarle ni la hora ni el silencio nocturno que estaba perturbando.

Por un momento le pareció que la muchacha se volvía, pero no hizo nada para que el taxi se detuviera.

Tony cerró los puños.

—¡Maldita sea! Ahora se larga... Pero ¿dónde? ¿A la estación? ¿Al aeropuerto? ¿Y por qué se va, sin despedirse? Porque estoy seguro de que llevaba una maleta...

Entró de nuevo en el portal y entonces observó que había un sobre en su buzón.

Estaba seguro de que al salir aquella noche no había nada y los carteros no reparten durante la noche.

Abrió con un presentimiento que se vio cumplido al comprobar que la nota era de Marina.

«Querido Tony: Me duele tener que marcharme así, pero es necesario, para la seguridad de mi padre. Nunca te agradeceré bastante tus buenos deseos hacia mí. Te pido que me perdones por mi actitud, y espero que llegues a comprenderlo. Me hubiera gustado mucho poder seguir saliendo contigo. Lo siento».

Arrugó la nota entre sus manos y la guardó en el bolsillo. Aquellas palabras firmadas por la muchacha le sonaban a sinceras, pero no acababa de comprender su actitud.

Decidió en un instante lo que iba a hacer. Era un tiro al azar, pero debía intentarlo.

Salió de nuevo a la calle y tuvo la fortuna de que pasara un taxi libre.

—¡A la estación! ¡Deprisa!

—¿A qué estación?

Tony dudó un segundo.

—A Perrache. De momento, a Perrache.

No era difícil correr a aquellas horas, las diez cuarenta y cinco, y con un cincuenta por ciento o más de la población de vacaciones

fuera de la ciudad.

En cinco minutos el taxi llegaba a la Gare. Y Tony saltó diciendo un:

—¡Espere!

Apenas había gente. Media docena de personas tal vez, otros estaban en el andén aguardando un enlace para París.

Al periodista no le fue nada difícil comprobar que entre los futuros viajeros no estaba la persona que él buscaba.

Al salir nuevamente al *hall* miró el cuadro de horarios. Había un tren para París precisamente treinta minutos más tarde.

De pasada miró hacia el bar restaurante. Nadie. El departamento de información estaba cerrado. Decidió volver al taxi.

—A la estación de Brottcaux —y el taxista enfiló por el Quai Claude Bernard, a la orilla derecha del Rhóne.

El vehículo pasó rápidamente los puentes de L'Université

y después el de la Guillotière frente a la plaza Jutard para proseguir por la rue Moncey que conducía directamente a la estación indicada.

Antoine hizo la misma operación anterior. Saltó raudo, echó una ojeada, y tras convencerse de que la muchacha no estaba allí, volvió al vehículo.

—Al aeropuerto.

—Sí, señor —y el conductor enfiló hacia el *cours* Albert Thomas en dirección al aeropuerto de Bron.

Los altavoces estaban anunciando el vuelo Lyon-París-Nueva York.

Antoine buscaba entre los pasajeros y al fin. ¡Allí!

—¡Marina!

Claro que ella no podía oírle. Iba, precisamente, a tomar aquel vuelo.

Corrió como una flecha hacia la salida en el momento en que una de las azafatas iba a cenar la puerta.

—¿Su billete, señor?

—No. No tengo billete. Quiero hablar con un pasajero... Una joven. La he visto y...

—Lo siento, señor. El avión va a salir inmediatamente.

A Tony le pareció que los pasajeros estaban subiendo ya.

—¡Es sólo un momento! —Intentó pasar, pero la azafata siguió negándose y un empleado venía en su ayuda.

—¿Qué ocurre?

—Este caballero insiste en pasar —dijo la muchacha.

—¿Tiene billete?

—¡No! Ya he dicho que no. Simplemente quiero despedir a una persona. ¡Por favor!

—Ya no hay tiempo, señor.

—¡Sí que hay tiempo! ¡Aparte! ¡Maldita sea! —Y empujó al empleado, apartándole de sí.

—¡Espere!

Salió fuera corriendo hacia el avión, pero ya era demasiado tarde. Acababan de retirar la escalerilla y los motores estaban en marcha.

—¡Vuelva aquí!

Era inútil correr. Se detuvo. Se vio sujeto por un par de poderosos brazos. Alguien dijo:

—¿Se ha vuelto loco?

—Lo siento. Disculpen —murmuró el periodista.

El avión se deslizaba ya en dirección a la pista de despegue. Antoine seguía allí, sujeto por los férreos brazos de los empleados.

—¡Ande, salga! —le dijeron.

—¡Déjenme...! ¡Déjenme! —se soltó y tomó el camino hacia la puerta.

El avión se aproximaba a la pista de despegue. Antoine se volvió para ver el aparato que, con la distancia, había empequeñecido.

El periodista entró en el *hall* del edificio para volverse hacia el taxi, en el momento en que el reactor aceleraba para elevarse.

Ya desde fuera del aeropuerto, Tony vio cómo el avión en posición oblicua, emergía por encima del edificio.

Se le hacía difícil pensar en la forma brusca que había terminado aquella aventura que empezó por culpa de un cuerpo esbelto, unas piernas preciosas y un rostro fascinante.

Iba ya a entrar en el taxi, cuando una luz rojiza, fugaz, seguida de una sorda explosión le hizo volver la cabeza.

Allá en lo alto, una bola de fuego se desintegraba y partículas de todos los tamaños volaban hacia la tierra.

El avión había estallado. ¡Y Marina iba dentro!

CAPÍTULO V

Bron se había convertido en un caos de gritos, sirenas, ambulancias y coches de bomberos que partían hacia el campo inmediato donde habían caído los restos del reactor.

Los que habían ido a despedir a los pasajeros de aquel vuelo gritaban histéricos y todos querían dirigirse hacia el lugar donde había ido a parar el avión.

La policía era impotente para contener a la gente que, de repente, parecía haber salido de todas partes.

Y llegaban nuevas ambulancias y coches y más gente.

Antoine aún estaba impresionado. Igual que el conductor del taxi, que al fin reaccionó:

—Creo que nada podemos hacer aquí. ¿Nos vamos?

Antoine no contestó.

—¿Iba algún familiar o algún conocido a bordo? —inquirió el taxista.

—Una... una persona que conocí la semana pasada —repuso Antoine con voz ausente.

—Quizá le convenga tomar algo. Digo yo.

—Sí, vamos. Necesito un buen trago. Y usted también.

—Se lo agradezco. Cosas así, le dejan a uno con el ánimo encogido. ¡Dios! Nunca había visto nada semejante.

Continuaban los gritos, las idas y venidas de los coches, las ambulancias. Al fondo, las llamas seguían dando testimonio de la catástrofe.

—Treinta y dos personas y la tripulación —dijo alguien, al pasar, llevando en la mano una lista.

Unos oficiales comentaban algo en voz baja cerca del bar. Alguien dijo que iba a cancelar el vuelo por el que tenía ya los correspondientes pasajes.

Un niño lloraba, y nadie le hacía caso.

Tony bebía un *whisky* doble en la barra de uno de los bares del aeropuerto.

—Otro —pidió cuando hubo concluido. Y para sí, pensó, que tendría que hablar con Gastón, el de la judicial.

Se tomó el segundo trago y al vaciar el vaso, antes de separarlo de la boca vio una imagen extraña, deforme. No se detuvo a pensar que lo que veía le venía reflejado del espejo y la deformidad era debida al cristal del fondo del vaso.

—¡Marina! —exclamó.

Estaba seguro de que la forma extraña que había visto era Marina.

Se volvió hacia la puerta de salida a unos sesenta metros y vio salir a una muchacha.

Estaba seguro de que era ella. Claro que podía confundirse.

El conductor abrió los ojos con extrañeza al ver cómo su cliente huía corriendo en pos de la muchacha.

Cuando Tony llegó a la puerta tuvo que trazar una panorámica con la mirada para detectar nuevamente a la muchacha.

La vio en el centro del aparcamiento y llamó:

—¡Marina! —Al mismo tiempo corrió tras ella cruzando la calzada, sin mirar.

—¡Cuidado! —gritó aquella mujer junto al coche.

Tony tuvo justo el tiempo de saltar antes de ser alcanzado por un automóvil lanzado a toda velocidad.

Se dio contra el encintado de la otra parte mientras el auto se alejaba sin preocuparse del daño que podía haber causado.

Tony tuvo la sospecha de que aquel accidente no había sido casual.

El conductor del taxi apareció tras él y al verle se apresuró a ayudarlo. Tony se levantaba ya.

—¿Qué ha pasado? ¿Se ha hecho daño?

Se alejó, para ir en pos de ella.

—Disculpe —dijo.

Ella le esperaba al fondo. La potente luz de un farol de mercurio le daba de lleno en el rostro. Sí. En efecto. Aquella mujer era Marina Albert.

Regresaron juntos en el automóvil que ella había tomado del aeropuerto y que conducía el periodista quien antes había pagado al

conductor del taxi el importe de la carrera.

—A última hora me advirtieron que no tomara ese avión —explicó ella.

—Entonces... Esa explosión... ¡Dios mío!

—Ya te dije que eran gente peligrosa y que no se detienen ante nada.

—Un sabotaje que ha costado la vida a tanta gente... Y tú...

—Sí. Me he salvado de milagro. Querían matarme. Soy un peligro. Por eso es mejor que te alejes de mí. No debiste seguirme, Tony.

—Ya sé que apenas nos conocemos, pero no podía resistirme a la idea de que te fueras así... No era lógico... ¿Acaso no tienes confianza en mí?

—Sí, Tony. Sabes que sí. Pero hay cosas demasiado personales... Y por otra parte no quiero complicarte.

—Ya estoy complicado.

—Lo sé y bien a pesar mío.

—Y ahora... ¿Adónde vas?

—A París. Pero no me sigas. Por favor no me sigas.

—¿Dónde podré llamarte?

—A ninguna parte. Tony. De veras. Hasta que pase todo. ¿Quieres hacerme caso?

Él no contestó.

—Ve directamente a tu casa. Yo después seguiré hasta la estación.

—Tu tren ha salido ya —murmuró él—. Estuve en la estación antes. Buscándote.

—Hay más trenes —repuso Marina.

—Si ése es tu deseo... Pero... ¿Estás segura?

—Es necesario —insistió la muchacha.

—¿Qué harás en París?

—Irme a Londres.

—¿Londres?

Ella asintió.

Estaban llegando a Lyon. Tony redujo la marcha del coche.

—¿Has tenido noticias de tu padre? —preguntó Tony, con una sospecha.

Ella guardó silencio.

—Como quieras —admitió Tony respetando a la fuerza el silencio de la joven.

—Voy a reunirme con él. Ya sabrás de mí.

—Eso espero.

Cruzó el puente del Rhône y enfiló hacia la calle Barlet, pero una esquina antes detuvo el auto frente a un aparcamiento.

—¿Qué haces? —preguntó ella.

—Me quedaré aquí. Tengo el coche dentro. Me apetece dar un paseo. No sé adónde, pero ahora no podría regresar a casa —la miró unos instantes y tratando de retenerla un rato más, murmuró—: Antes, para no perder tiempo, tomé un taxi. Te busqué por todas partes y te encontré. Y ya ves. Ahora me pides que te deje. Bueno. De todos modos, me alegro de que no fueras en aquel avión.

—Adiós, Tony.

—Adiós y buena suerte —murmuró él, muy cerca su rostro del de la muchacha.

Ella le besó como si llevara tiempo deseándolo. Luego él bajó del auto para que Marina se colocara frente al volante y prosiguiera su ruta.

Apenas la vio marchar corrió hacia su lugar de aparcamiento en el interior del edificio y subió a su propio coche. Lo puso rápidamente en marcha y por una calle distinta a la que había elegido Marina, tomó el rumbo de la estación de Perrache.

Cuando llegó había un tren en la estación y movimiento de viajeros.

¡Era el tren con destino a París!

CAPÍTULO VI

Tony utilizó un teléfono de la estación para llamar a su redactor jefe.

—¿Durand? ¡Ah, eres tú, Jacques! Soy Tony.

—¿Dónde diablos te metes? —replicó la voz del redactor jefe.

—Oye no tengo mucho tiempo para hablar —abrió la puerta de la cabina y escuchó el ruido de un tren en marcha—. ¡Espera!

Advirtió que llegaba otro expreso y volvió al teléfono.

—¡Maldita sea, Tony! ¿Qué es lo que pasa? Toda la tarde esperando tus noticias y llamas a esta hora para decirme que tienes prisa.

—Oye, pon atención —cortó Tony—. Puede que estés un par de días sin verme. Dupont puede ocupar mi sitio. Ahora, escucha. Puede que me meta en un lío, pero es probable, también, que consiga el reportaje del siglo. Y no me preguntes más.

—¡Espera!

—¡Tengo prisa, Jacques!

—Tengo derecho a saber en qué lío te has metido. Un tal Gastón no sé qué, de la policía judicial, ha estado preguntando por ti.

—¿Gastón?

—Sí. Quería saber dónde te habías metido. Todo el mundo quiere saber de ti. Te estás convirtiendo en un personaje muy popular.

—Oye, Jacques, si Gastón vuelve a llamar, dile que he salido de viaje.

—¿De viaje?

—Sí. A Londres. Vía París. ¡Adiós! —Y colgó, dejando perplejo a su jefe que de pronto no supo qué hacer con el auricular en la mano hasta que pensó que lo mejor era colgarlo en su sitio.

Tony, entretanto, salió a la estación, seguro de que Marina había subido al tren. La buscó por el andén.

Había vagones que tenían los compartimentos en el lado de la vía.

Recorrió todo el andén hasta el final. Iba a cruzar, cuando al volverse vio a la muchacha.

El altavoz anunciaba la inmediata salida del tren.

Marina subió en el tercer vagón contando desde la cola. Tony saltó a la vía ocultándose de ella a fin de que no le viera.

El jefe de la estación hizo sonar el silbato y el convoy lanzó el pitido de rigor. La locomotora se puso en marcha suavemente arrastrando los quince vagones.

Tony subió por la última puerta, con el tren ya en marcha. No había adquirido billete y metió instintivamente la mano en el bolsillo para contar el dinero que llevaba.

Pensó, también, en el talonario de cheques y en el par de tarjetas de crédito que, en última instancia, podían serle de gran utilidad.

Iba a entrar en el pasillo cuando al volverse hacia la otra ventanilla quedó como alelado.

En el andén de la parte opuesta estaba Marina. ¡Había subido por una puerta para salir por la del otro lado!

¡Y el tren estaba saliendo de la estación!

Era lógico imaginar lo sucedido por partida doble. En primer lugar, la hija del profesor estaba haciendo todas aquellas cosas para esquivar a sus posibles seguidores, lo cual era perfectamente lógico. Por otra parte, uno de esos seguidores podía ser el propio Tony, como así sucedía, en verdad, y también a él pretendía darle esquinazo.

—Pero ella necesita protección —dijo Tony, hablando consigo mismo, y decidió saltar del tren.

Cayó dando un traspié, pero no sufrió ningún daño físico.

Por otra de las vías de la estación hacia su entrada otro expreso y el altavoz anunció su punto de destino: Strasbourg.

Por entre los raíles, Tony llegó hasta el extremo del andén donde esperaba Marina. Sin duda, aquél era su tren.

«¿Strasbourg? —pensó Tony—. La frontera alemana. Bien. Cambiaremos de ruta».

El altavoz repitió que el tren tenía su salida a las 1.43. Faltaban once minutos, exactamente.

Gastón Marsac, de la policía judicial, pasó personalmente por la

redacción del periódico y fue directamente al encuentro de su redactor jefe.

—¡Ah! Es usted. Tengo noticias de Tony. Pero no puedo decirle mucho. Todo lo que ha dicho es que se va a Londres por uno o dos días.

—¿Desde dónde le ha llamado? —inquirió el policía.

—No lo ha dicho, pero por lo que pude oír, parecía una estación. Sí. Se oía ruido de trenes.

—¿Hace mucho?

—Como unos veinte minutos, más o menos.

—¿Tiene una guía de ferrocarriles?

—Sí. Tiene que haber una en alguna parte. Espere que la busque.

—Bueno. No importa. Iré a la estación.

—¡Espere! Ahí está —y el redactor alargó a Gastón la guía que le pedía y, además, inquirió—: Pero ¿puede decirme alguien qué diablos pasa?

—Me temo que no.

—Sé guardar un secreto. Se lo aseguro.

—No hay nada publicable —replicó el de la judicial, ojeando rápidamente la guía.

—Tony va a la caza de algo.

—Ojalá no le cacen a él. No sabe dónde se ha metido.

—Me está hablando en clave.

El policía había encontrado lo que buscaba.

—Hace un cuarto de hora salió un tren para París. Será difícil alcanzarle.

—¿No hay más trenes?

Gastón devolvió la guía al redactor y con un ademán se despidió, dejándole sobre ascuas.

Faltaban cinco minutos para la marcha del exprés con destino a Strasbourg.

Marina había subido ya. Esta vez en el cuarto vagó por el lado de cabeza. Tony dio un rodeo y se situó dos vagones más atrás, comprobando, primero, que la muchacha había ocupado un compartimento-cama.

Gastón salía en aquellos momentos del periódico. Subió a su coche y tomó la dirección de Perrache.

Cuatro minutos, y el segundero avanzaba inexorable hasta la hora de salida.

Si el policía llegaba tarde, jamás sabría que Tony había cogido un tren en dirección distinta a la que dijo.

Tres minutos. Tony había elegido una de las escaleras de acceso a los andenes para ocultarse, pero alguien lo había descubierto ya.

Tres vagones más abajo, un rostro ligeramente pecoso y una cabellera extremadamente rubia y larga, asomó al andén.

Bora. Anastas Bora viajaba en el mismo tren.

Gastón, el policía pisó a fondo el acelerador. Y Tony quizá no sabría nunca cuán importante era para él tener una ayuda, porque en aquellos momentos, Bora saltaba del tren por el lado opuesto para correr hacia una cabina telefónica.

Marcó rápidamente un número cuando el segundero de los relojes avanzaba hacia el penúltimo minuto.

El policía cruzaba ya con el automóvil la *place* Carnot. Debía salvar el *cours* Verdun para llegar a la entrada de la estación. Un semáforo le retuvo.

Bora estaba hablando ya por teléfono.

—El periodista la está siguiendo. Él no me ha visto.

Una voz, al otro lado del hilo fue tajante:

—Elimínalo.

—Sí, jefe.

Bora colgó.

Faltaban cincuenta segundos, exactamente, pero el rubio necesitó bastantes menos para cruzar las vías y meterse nuevamente en el vagón.

En la plataforma estaba completamente solo, por lo tanto, nadie le vio cómo sacaba sigilosamente el revólver al cual aplicaba un tubo: el silenciador.

Veinte segundos.

El rubio asomó para apuntar hacia la escalera donde seguía medio oculto el periodista.

El semáforo se puso verde y Gastón pudo reemprender la marcha. Aceleró al máximo hasta cruzar el *cours* Verdun y dar la vuelta reglamentaria para situarse junto al encintado de la acera de la estación.

Bora apuntó con su revólver, pero advirtió que el periodista ya

no estaba en aquel sitio. Ahogó una maldición y lo buscó con la mirada.

Diez segundos.

El altavoz advirtió de la inmediata salida del ferrocarril repitiendo su destino y paradas intermedias: Dijon, Bourg, Besaçon. Mont-Beliard, Belfort, Mulhouse, Colmar, Salestat y Strasbourg.

¡Era la hora!

El silbido del jefe, seguido del inmediato pitido de la poderosa locomotora.

Bora se volvió hacia el otro lado para ver de localizar a Tony al que parecía que la tierra se lo hubiese tragado.

Gastón Marsac abandonó el coche y se adentró al vestíbulo de la estación que cruzó relampagueante.

El tren se alejaba ya. Pero...

Tony en esa ocasión había querido cerciorarse y esperó a que el convoy hubiese arrancado para tomar el último vagón.

Seguro ya de que la muchacha no se había apeado nuevamente, corrió para alcanzar el último de los vagones.

Gastón Marsac llegó a tiempo para ver cómo su amigo alcanzaba la plataforma de la última unidad.

Se volvió hacia un empleado.

—¿Adónde va ese tren?

—A Strasbourg —fue la respuesta.

—¿La próxima parada?

—Dijon.

Gastón salió nuevamente en busca de su coche. Necesitaba alcanzar aquel convoy.

Tony, repuesto ya de la carrera que se tuvo que pegar para tomarlo, se decidió a cruzar los once corredores, de los otros tantos vagones que tenía que recorrer para llegar al del coche-cama que ocupaba Marina.

CAPÍTULO VII

Tony había dicho que le guiaba el afán de un buen reportaje, y esto, en parte, era verdad, pero no la razón principal de que en aquellos momentos se hallara en aquel tren rumbo a Strasbourg siguiendo a una muchacha.

Le preocupaba Marina, eso era cierto, pero, más que nada, le atraía aquel misterio en que parecía estar envuelto el caso. Los ruegos de ella para que no la siguiera, sus idas y venidas para despistar a todo posible seguidor, y sobre todo aquel sabotaje del que había sido testigo en el aeropuerto Bron.

Muy importante debía de ser la cosa para llegar hasta el punto de sacrificar docenas de víctimas inocentes como medio para lograr el fin que aquel grupo de asesinos terroristas se había propuesto.

¿Tan importante era el profesor Albert?

Bueno. Importante sí lo era. Por lo menos —y Tony había pensado mucho en todo lo leído acerca de él, en los últimos momentos—, por lo menos Albert estaba considerado como uno de los diez hombres de ciencia más importantes del mundo. Con un cerebro privilegiado y muchos proyectos en avanzado estado de convertirse en realidades.

Pero ahora, según Marina, la vida del profesor parecía correr un serio riesgo y precisamente a cambio de lo que Bora había robado a su hija.

¿Tan importante era aquel documento?

El interés supremo por llegar hasta el final era lo que mantenía a Tony anhelante, y no quería dejar aquello sin llegar, por lo menos, hasta donde le fuera posible.

Había cruzado ya el primero de los vagones —el último del convoy— y pasaba ya al siguiente sin dejar de pensar en el cúmulo de acontecimientos que acababa de vivir en las últimas horas.

El tren marchaba ya a la velocidad habitual. Los 197 kilómetros

que por vía férrea separaban las ciudades de Lyon y Dijon, el tren las recorría en 1,46 horas, a una media de más de cien y en aquellos momentos la velocidad del convoy era, aproximadamente, de unos 140.

Ciento cuarenta era lo que marcaba el cuentavelocidades del coche que conducía el policía Gastón Marsac, de la Judicial.

Ciento cuarenta que trataba de aumentar, porque le era preciso hacer una parada para llamar a alguien.

Aceleró cuanto pudo por la bien asfaltada autopista y consiguió ponerse en los 160.

Divisaba ya el tren, al que pronto lograría sobrepasar.

Y, entretanto, el periodista terminaba de cruzar el segundo de los once vagones que tenía al principio.

En el tercero se cruzó con el interventor.

—¿Le he marcado el billete? —preguntó, amablemente, el empleado.

—No. He subido en Lyon a última hora. No llevo billete.

—En ese caso... supongo que conoce el reglamento.

—Sí desde luego. Es que era un caso urgente.

—Bien, bien —y el interventor sacó parsimoniosamente los papeles de la cartera y buscó la lista de precios.

—Dese prisa, por favor —pidió.

—¿Adónde va usted?

—No lo sé. Bueno. Deme un billete hasta el final. Strasbourg.

—¿Billete de segunda clase?

—Del que sea.

—Si piensa ocupar una cabina individual, necesitará primera.

—Deme segunda.

—Con segunda tiene derecho a una *courette* de segunda clase.

—No. No quiero ninguna *courette*. Un billete corriente.

—Corriente —repitió el empleado.

Y entretanto Bora había salido de su compartimento y cruzaba el vagón en dirección al que se hallaba Marina. Le quedaban dos para llegar.

Tony se impacientaba por lo que creía parsimonia en el interventor, aunque, en realidad, éste no hacía más que hacer las anotaciones pertinentes a la cartulina que estaba rellenando.

—Está usted un poco nervioso, ¿verdad? —sonrió el empleado.

—Sí. Se trata... de asunto familiar.

—¡Oh! Lo siento...

Por fin terminó.

—Tome. Son...

Bora estaba ya a falta de un vagón, cuando Tony sacó el dinero de su bolsillo que le alcanzó por los pelos.

—Tome, tome...

—Espere, señor. El cambio.

—No tiene importancia. Quédese con la vuelta.

—No, señor...

Pero Tony ya no le escuchaba.

Y Anastas Bora había llegado ya al vagón donde viajaba la muchacha. Y en esos momentos buscaba el departamento individual que ella ocupaba. Era el 27.

En la autopista, Gastón Marsac había pasado ya el tren, y ahora le tenía tomada una ventaja de medio kilómetro, aproximadamente.

Tony cruzó rápidamente otro par de vagones. Corría, aprovechando que la mayoría de los viajeros estaban o durmiendo en las *couchettes* o en las cabinas, y los que viajaban en simples asientos permanecían en los compartimentos igualmente tratando de conciliar el sueño o descansando por lo menos.

Anastas Bora estaba ya junto al compartimento 27. Probó de abrir y comprobó que estaba cerrado por dentro.

Llamó con los nudillos.

—¿Quién? —preguntó la voz agitada de Marina Albert.

—El revisor —repuso Bora.

La muchacha abrió la puerta.

Tony había alcanzado ya otro vagón...

CAPÍTULO VIII

Anastas Bora estaba ya en el interior del compartimento de Marina.

Lo curioso del caso, lo que más hubiera sorprendido al periodista, en aquellos momentos, hubiese sido sin duda la conversación que sostenían los dos.

—Estás muy nerviosa. Demasiado —decía el rubio Bora en aquellos momentos, cómodamente sentado sobre la cama que, evidentemente, Marina no había utilizado aún, puesto que seguía vestida tal y como subió al tren.

—¿Piensas que no tengo motivos? —repuso ella.

—Hay que saber dominarse. De momento todo está saliendo de acuerdo con nuestros planes.

Ella guardó silencio.

—Vamos, vamos. Ya ves que todo ha sido como un juego.

—Para ti todo es muy fácil.

—Lo habría sido más, si hubieses seguido mejor las instrucciones.

—Hice todo lo que me ordenaste.

—Yo no te ordené que te enamoraras.

—¿Eh?

—Ese periodista te interesa demasiado, si no me equivoco —sonrió el rubio.

—Eso es cosa mía.

—Ya. Y por eso te siguió. No estoy muy seguro, pero podría ser que viajara en este mismo tren.

—¿Eh?

—No debiste decirle adónde ibas.

—¡No se lo dije! Bueno. Le dije que iba a París para dirigirme a Londres. Es lo que tú me aconsejaste.

—Pues seguro que él no tomó el expreso de París. Estaba

acechando este tren.

—No lo entiendo.

—Pues es fácil. Te siguió y vio cómo subías por una puerta y bajabas por la otra y esperó a ver cuáles eran tus planes.

Se produjo un silencio que rompió la propia Marina para decir de pronto:

—No había ninguna necesidad de mezclarle a él en todo esto. ¿Para qué tanta comedia?

—Era necesaria.

—¿También era necesario intentar asesinarle? —Y ante la cara de estupor de Bora, ella puntualizó—: Sí. En el aeropuerto. Eras tú quién conducía el coche que se le echó encima. Por poco le atropellas.

—Y tú le avisaste.

—De poco hubiera servido... Él lo advirtió a tiempo y esto fue lo que le salvó.

—Tú también te salvaste. ¿No? ¿Y a quién lo debes? A mí. A Anastas... Deberías estarme agradecida y, en cambio, empiezas con reproches. ¿Por qué no podemos ser buenos amigos? —Y el rubio se le aproximó, insinuante.

El simple roce con su cabello, a la muchacha le produjo un profundo asco y se levantó como impulsada por un resorte. A Bora le sentó muy mal.

—¿Qué tiene él que no tenga yo? —bramó.

—Él quería ayudarme desinteresadamente. Tú, en cambio...

—¿Desinteresadamente? Espera conseguir un estupendo reportaje... ¡Maldita sea! Yo también te he ayudado. ¡Estás viva! Si hubieses tomado aquel avión...

—Ya. Y a cambio, ahora pretendes cobrar...

—Sólo que seas un poco simpática conmigo.

—Todavía no sé quién planeó todo aquello —se refería al sabotaje del avión.

—¡Vete a saber! Hay mucha gente mezclada en este asunto. Tu padre es un plato fuerte, pero muy terco según tengo entendido... En fin, pronto terminará todo —y ante el silencio de Marina, Bora añadió de mal talante—: ¡Y no pienses más en ese condenado periodista!

—Todavía no me has dicho por qué quisiste utilizarlo.

—Mi querida Marina. Sabes perfectamente que los de la Seguridad Nacional tenían tu casa perfectamente vigilada. Controlaban tus movimientos, tenían intervenido tu teléfono y sabían a cada momento lo que estabas haciendo. Supongo que la CIA también estaba mezclada en todo esto, por eso decidimos buscarte un nuevo alojamiento y conseguimos despistarles a todos, traerte a Lyon e instalarte en el piso de la calle Barlet.

—Eso ya lo sé —repuso ella.

—Lo que quizá no sepas es que, a partir de este momento, fuimos nosotros los que vigilábamos los alrededores, para prevenir la posibilidad de que alguien hubiera descubierto tu nueva residencia. De este modo pudimos darnos cuenta de que el tal Antoine Deladier parecía sentir mucho interés por ti. Te observaba desde la ventana y una vez, incluso, utilizó unos prismáticos. Entonces tuvimos que averiguar de qué lado estaba y llegamos a la conclusión de que se trataba de un simple curioso. ¡No es extraño! ¡Te paseabas por la casa en paños menores! El tío debía sentirse excitado.

—Estaba en mi casa y hacía calor.

—Y él se pegaba buenos lotes de vista. Bueno. El caso es que el propio Antoine nos dio la solución ideal.

—¿Solución? —repitió ella.

—Claro. Era un espectador de primera fila para dedicarle nuestra comedia.

—Pero ¿por qué?

—Porque descubrimos que entre sus amistades figuraba un inspector de la policía judicial. Un tal Gastón Marsac. Lógicamente, si al tipo le interesabas tú y veía desde su ventana cómo alguien te atacaba, le faltaría tiempo para ir a contárselo a su amigo Marsac — y tras una pausa añadió—: Y eso es, exactamente, lo que ocurrió. Fingí atacarte y robarte e inmediatamente Antoine entró en escena.

Marina calló, rememorando cómo había empezado aquella última parte de la historia. Y lamentaba de veras haber mezclado en todo ello a Antoine, pero ya era tarde para volverse atrás. Por otra parte, la vida de su padre seguía corriendo un grave peligro.

Bora siguió hablando, aunque ella apenas la escuchaba.

—Antoine nos sirvió de mucho, porque al poner en antecedentes de lo ocurrido a Marsac, la Seguridad Nacional, de rebote, fue

informada, y las consecuencias son fáciles de imaginar. Ahora tenemos a todo un ejército de agentes pisándonos los talones.

Soltó una breve risa. Ella le miró sobresaltada.

—¿Nos pisan los talones?

—Es lo que ellos creen.

—En principio, tu nombre está en la lista de pasajeros del avión que ha estallado. El tuyo y el mío. Por lo tanto, los dos estamos oficialmente muertos.

—¡Entonces lo del avión lo preparasteis vosotros! —exclamó ella.

—¡Qué más da!

—Habéis asesinado a gente inocente, para...

—Para salvarnos tú y yo; para despistar a todo el mundo y tener el campo libre para ir en busca de tu padre.

—¡Dios mío! —Marina escondió el rostro entre las manos.

—No se te puede contar la verdad. ¿Lo ves? Todo te impresiona...

—Tú no me salvaste la vida, todo estaba previsto... Matar a esa gente...

—Bueno, bueno, no todo.

—¿Cómo?

—Marina, es necesario que confíes en mí. ¿Sabes? Las órdenes son que tú también debes desaparecer.

—¿Eh?

—Te conviene que seamos amigos. Lo comprendes, ¿verdad?

Ella se volvió hacia la ventana; echó hacia arriba la persiana de lona y miró la oscuridad a través de la ventanilla del tren.

La autopista pasaba cerca. Podían verse unos pocos automóviles que no lograban alcanzar la velocidad que en aquellos momentos llevaba el convoy.

Bora rompió el silencio, recordando la última parte del inmediato pasado.

—El plan era que el periodista te siguiera hasta el aeropuerto. Estábamos seguros de que lo haría. Y esto salió bien. Pero tú lo estropeaste al dejarte ver. ¿Comprendes? Si él hubiese tenido la certeza de que habías muerto, lo hubiera comunicado a su amigo el policía. Luego habrían comprobado la lista y habrían visto mi nombre...

Ella seguía silenciosa. Bora añadió:

—Ahora no sabemos si se ha puesto en contacto con Gastón Marsac. Esto podría ser un peligro... Ahora ya no podemos volvernos atrás... Pero no te preocupes. Me tienes a tu lado —y se aproximó intentando tomarla por los hombros.

—¡No! ¡Déjame!

—Haces mal en despreciarme.

Marina se volvió. Le miró un instante y añadió:

—Déjame sola ahora, por favor. Necesito estar sola.

—Es un largo viaje.

—Te lo ruego, Bora. Ahora no —lo dijo con voz tenue, persuasiva y el rubio asintió.

—Bien, nenita. Ya habrá tiempo. Ya habrá tiempo...

Bora salió del apartamento para dirigirse hacia la plataforma. En dirección opuesta, yendo a su encuentro iba Antoine que recorría el último vagón que le faltaba para entrar en el de Marina.

Bora se quedó un instante en la plataforma para encender un cigarrillo. Así fue como vio al periodista. Tiró rápidamente el cigarrillo al suelo y sacó su revólver provisto de silenciador.

CAPÍTULO IX

Antoine Deladier sólo tenía que cruzar el vagón para encontrarse con una bala silenciosa que llevaba escrito su nombre.

Su enemigo, agazapado en la plataforma, pegado a la puerta, tenía el arma a punto. Le dispararía a quemarropa y luego bastaría abrir la puerta, un leve empujón y su cuerpo caería sobre los raíles. Con suerte otro tren le pasaría por encima, destrozándolo. Puede que averiguaran que la causa de la muerte fuera un balazo, pero él. —Bora— ya estaría lejos. ¿Y cómo iban a probar que había sido el autor del crimen?

Antoine estaba cruzando. Le faltaba únicamente dar un paso. Dos quizá...

El asesino estaba preparado.

Era el momento.

¡Alguien salió en aquel instante del último compartimento!

Alguien que, sin sospecharlo ni remotamente, iba a hacer uso del retrete.

Bora escondió rápidamente la pistola en el bolsillo, en el instante en que Antoine cruzaba.

El hombre que iba a la *toilette* le dirigió una breve sonrisa.

—¡Buenas noches! —murmuró Antoine. No había visto a Bora, todavía. Fue cuando el hombre entró. Vio una sombra. Bora iba a sacar rápidamente el arma.

El periodista no advirtió su intención, pero le bastaba haber descubierto al tipo que golpeó a Marina.

Repuesto de su sorpresa se abalanzó hacia él, al tiempo que gritaba:

—¿Usted?

Cuando el rubio iba a sacar, su mano armada se encontró con un directo en la mandíbula que le hizo chocar la cabeza contra el cristal de la portezuela.

Bora quedó brevemente atontado, pero seguía en posesión del arma cuya existencia Antoine ignoraba.

El periodista no se sintió satisfecho con aquel golpe y sujetándole con fuerza le enderezó para empujarle al lado opuesto.

Esta vez el rubio perdió el revólver y Antoine lo vio perfectamente. Su leve desvío de mirada le valió la primera réplica de su antagonista y sintió un tremendo dolor en el pómulo derecho. Anastas iba a inclinarse para recuperar el arma y Tony se lo impidió soltándole una patada que le alcanzó el bajo vientre.

Era una lucha sin miramientos. Una lucha a muerte, y no cabía andarse con cumplidos.

El rubio acusó el golpe y soltó un grito mientras quedaba momentáneamente incapacitado para proseguir la pelea.

Antoine le acorraló.

—Voy a entregarte a la policía. Tú no puedes hacer nada bueno en este tren.

El otro trató de apartarle, pero Antoine cargaba contra él con todas sus fuerzas.

El rubio melenudo, jadeante, estaba tratando de reunir fuerzas, cuando por el corredor apareció el conductor del vagón acompañado de un empleado, posiblemente el interventor del sector delantero del convoy.

Se aproximaban a la plataforma, lo cual era bueno para Antoine, pero no para Bora que haciendo un esfuerzo apartó bruscamente a Antoine para escapar hacia el vagón contiguo.

Tony lanzó un juramento e intentó seguirle.

—¡Eh! ¿Qué pasa? —inquirió el empleado, al ver que algo raro estaba sucediendo.

El hombre que había acudido al retrete salió en aquellos instantes y quedó un momento entre los agentes del tren y el periodista. Pidió disculpas y se metió en su compartimento.

—Un tipo alto, rubio, con abundante cabello —explicó Tony a los agentes—. Viaja en este tren.

—Bien. ¿Y qué? ¿Le ha hecho algo a usted?

—Es un tipo peligroso. Iba armado —y señaló el suelo donde Bora había perdido el revólver.

El interventor se agachó para coger el arma.

—No debiste tocarla —advirtió el conductor del vagón.

El otro vaciló con el arma en la mano.

—Bien. Al llegar a Dijon avisaré a la policía. Habrá tiempo. El tren tiene una parada de veinticinco minutos. Yo guardaré el revólver...

—Es necesario localizar a ese sujeto. Es posible que intente algo contra una pasajera.

—¿Qué pasajera? —preguntó el conductor.

—Viaja en este vagón. Se llama... —pensó repentinamente que quizá la muchacha viajara con nombre supuesto y se apresuró a rectificar—. Bueno, el nombre es lo de menos. Es una chica alta. Como de un metro setenta, proporcionada. Viste con falda y chaqueta. Azules, creo.

El interventor preguntó al otro.

—¿La reconoces?

—Pues no lo sé. Quizá ha subido sin darme cuenta. Miraré en la lista. ¿Seguro que está en este vagón?

—Segurísimo. El cuarto empezando por la cabeza —afirmó Tony.

—Entonces es éste —admitió el interventor.

—Tengo la lista en la otra plataforma —dijo el conductor.

Y el interventor quiso saber:

—¿Está seguro de que piensan atacarle?

—Completamente seguro. Ese tipo rubio que ha escapado, ya la atacó una vez en Lyon... Si no es por ustedes le habría alcanzado.

—No se preocupe. Falta mucho todavía para llegar a Dijon. No puede bajar del tren en marcha —luego, tras meditar unos instantes, agregó—: De todos modos, comprenda... no podemos hacer nada contra él. Sólo tenemos su palabra. Claro que si esa chica que, según usted, está en peligro, corrobora su declaración...

Tony pensó que quizá Marina, por temor a las posibles consecuencias no quisiera delatar a Bora, como ya no quiso hacerlo cuando fue atacada por él. De ser así, no habría forma de que le creyeran, por eso optó por decir:

—Mire, me basta saber en qué compartimento viaja esa muchacha. Así podré vigilarla.

Los dos empleados cambiaron una mirada dubitativa. No veían el asunto demasiado claro.

—¿Qué compartimento es el suyo? —preguntó el interventor.

—No tengo. Viajo en segunda clase. En realidad, no me he acomodado todavía.

—Bien —advirtió el revisor—. Aquí no puede quedarse usted. No está permitido. Le buscaré un asiento.

—Primero deseo hablar con esa señorita —insistió el periodista.

—¿Es usted pariente suyo?

—No. Sólo un amigo.

—¿Un amigo, y no sabe cómo se llama?

—¡Sí sé cómo se llama! ¡Ciclos! No hagan tantas preguntas...

—Mire, señor —terció el conductor—. Si quiere, veré de encontrar a esa pasajera. Le diré dónde está usted; hable con ella y después se acomoda. Aquí, por supuesto, no puede quedarse, pero no se preocupe. No voy a dormir en toda la noche y vigilaré ese compartimento, si logramos saber cuál es.

Antoine pensó que, en principio, estaba bien. Lo importante era saber dónde se hallaba Marina y no era el caso de ir llamando, una a una todas las puertas de las cabinas.

Entretanto, el inspector Gastón Marsac, aprovechando la ventaja que había conseguido tomar, detuvo su coche en una gasolinera para que le llenaran el depósito y, al mismo tiempo, efectuar una llamada telefónica a un colega.

A través del teléfono dio unas instrucciones y en cuanto salió tenía ya el depósito a tope, por lo que pagó el importe y nuevamente puso el coche en marcha.

Por aquel sector, el tren pasaba lejos de la autopista y unas edificaciones intermedias impedían ver la línea férrea siquiera en la lejanía.

Calculó el tiempo que había perdido. Menos de cinco minutos. No era mucho. Pensó que siguiendo a aquel ritmo y contando con el rato de espera del tren en la estación de Dijon llegaría a tiempo de alcanzarlo.

No obstante, pisó a fondo y enseguida alcanzó los ciento cincuenta. Era una buena marcha.

El conductor repasó la lista de los pasajeros que ocupaban los compartimentos de aquel coche-cama.

—No está —dijo lacónicamente.

—¿Cómo que no está? —replicó Antoine—. He visto, por lo

menos, el nombre de cuatro mujeres en la lista.

—Mire, señor. Esas de aquí son dos niñas. Yo mismo las he acomodado. Subieron en Valence con su madre. Es ésta, la señora Severais. Son tres.

—¿Y la otra?

—Veamos... sí, señorita Duprez... Es una anciana de setenta años, por lo menos. Viaja sola. También la conozco. Usted mismo puede comprobarlo. Lo demás son caballeros. Seis. Dos, viajan en compartimento doble y los otros cuatro en individual.

—¿Cuántos compartimentos tiene el vagón?

—Diez. Siete están ocupados, y tres vacíos.

—¡Me gustaría comprobarlo!

—¿Es que no se fía de lo que le digo?

—¡Yo sólo sé que Marina viaja en ese vagón! —exclamó y lamentó que su nerviosismo le hubiera hecho soltar el nombre de la muchacha que, naturalmente, no pasó inadvertido por el conductor.

—¿Marina? —inquirió.

—Me ha oído perfectamente. ¡Maldita sea! La encontraré.

CAPÍTULO X

Lo primero que hizo Tony fue dirigirse al primer compartimento y golpear la puerta.

—¡No puede hacer esto! —el conductor del vagón trató de sujetarle, pero fue inútil porque Tony seguía aporreando la puerta.

—¡Marina! ¡Soy Tony, abre! ¡Estás en peligro!

—No grite, por favor. No hay nadie en ese compartimento. Se lo aseguro —y, para convencerle, abrió la puerta—. Vea. Es uno de los que están vacíos.

—Pues ella debe estar en otro —y Tony se dirigió a la segunda puerta, que también aporreó.

Asomó un hombre soñoliento que, naturalmente, increpó a quien acababa de despertarle.

—¿Qué diablos pretende usted? ¿Está loco? ¡Despertar a la gente de esta manera!

—Perdone usted, señor. No volverá a ocurrir.

—¿En qué clase de tren me he metido? —refunfuñó el viajero, cerrando bruscamente la puerta.

—¿Se da cuenta? —exclamó el conductor, sin levantar la voz.

—Tenso que encontrarla... —insistió Tony.

Seguramente se hubiera dirigido hacia la siguiente puerta si alguien no lo hubiese impedido.

Primero fue una voz seca, tajante:

—¿Qué es lo que pasa?

Antoine se volvió al reconocer el propietario de aquella voz.

—¡Milon!

En efecto. Jean Milon, el hombre de la Seguridad Nacional francesa estaba allí, en el tren.

Antoine respiró tranquilo.

—Le dije que no se mezclara en esto, pero usted hizo oídos sordos.

El conductor se excusó con el recién llegado.

—Lo siento, señor. Hice lo que usted me dijo, pero se empeñó en encontrar a esa joven...

—¡Está bien, está bien! Puedes volver a tu sitio —murmuró el agente francés.

—Bora está en el tren —dijo, rápidamente, el periodista.

—¿Y qué?

—¡Es el hombre que atacó a Marina! No comprende. Ella ha tomado muchas precauciones antes de emprender este viaje...

—Todo eso ya lo sé, muchacho.

Ya empezaba a llamarle muchacho y, lo que era peor, no parecía tomar en serio el peligro.

—¿Crees que me pagan para que cualquier aficionado haga mi trabajo?

—Yo no pretendo hacer su trabajo, Milon. Ni siquiera sabía que usted estaba en el tren.

—Yo estoy siempre donde debo estar. No le quepa ninguna duda... Pero usted no debería estar aquí. ¿Se lo pidió ella?

—Claro que no. Marina intentó despistarme, haciéndome creer que se iba a París; incluso me lo dijo.

—Es usted terco, ¿eh?

—No lo hago por perjudicarla. Bien al contrario.

—Ya, ya. En fin... Ahora ya sabe que estoy aquí y que Marina está segura.

—Pero Bora...

—No se preocupe por Bora. Sería la última persona que le haría daño a Marina.

Antoine no acababa de comprender.

—Usted bromea.

—No, muchacho.

—¡Bora la atacó una vez! ¡Y la robó!

—Sí. Ya me lo contó...

—¿Y no le parece extraño que viajen juntos en el mismo tren?

—A mí no, porque conozco mejor el asunto, que usted. No sabe nada, muchacho, absolutamente nada y ni falta le hace. Así es que vaya a su compartimento y quédese quieto. ¿De acuerdo?

—Supongo que no tengo más remedio...

Milon, con gesto paternalista y resignado, negó con la cabeza

como hubiera podido hacerlo por ejemplo el actor americano Walter Mathau con quién tenía un cierto parecido.

—Está bien —musitó Tony.

—¡Ah! Y quiero saber en qué compartimento se mete. Es para encontrarle cuando le busque.

—No tengo compartimento.

—Bueno. Métase en el primero. Está libre —indicó el agente de la Seguridad Nacional.

—No tengo billete.

—No se preocupe. Por una vez el gasto correrá a cargo del Estado. Sólo por una vez. ¡Y hasta Dijon! ¿Entendido?

Y Milon aguardó a que el periodista se hubiese metido dentro de la cabina, luego se volvió hacia la plataforma y preguntó al conductor:

—¿Dónde está ese tipo rubio?

—El señor... ése —y señaló la cabina donde había entrado Tony —. Dijo que había huido hacia la parte trasera.

—Bien —replicó Milon, con gesto cansado—. Ya aparecerá. Esperaremos... —Y se sentó en uno de los asientos plegables de la plataforma.

El tren había aminorado ligeramente la marcha, lo cual era una ventaja para Gastón.

Pero a veces ocurre que cuando más prisa se tiene, es cuando surgen los imprevistos y éstos surgieron con el inesperado reventón de una rueda.

Sólo la pericia de buen conductor del policía, evitó que, al derrapar, el coche no chocara contra una de las vallas protectoras de la autopista, percance que, a unos ciento cincuenta por hora, hubiera podido tener fatales consecuencias.

Aun así, Gastón no pudo evitar un golpe del que se repuso rápidamente, pero la pérdida de tiempo era inevitable.

Tardó seis minutos, exactamente, en cambiar la rueda.

Diez minutos más tarde, Anastas Bora salía sigilosamente de un compartimento vacío para encaminarse nuevamente al vagón de Marina Albert.

CAPÍTULO XI

—¡Ahí está! —dijo el conductor, advirtiéndolo a Milon de la presencia del rubio de las melenas.

En efecto, Anastas Bora llamaba nuevamente, con los nudillos, en la puerta del compartimento 27. En realidad, era la 027, teniendo en cuenta que la numeración de los vagones no se rige por el número de compartimentos que tiene cada uno.

La muchacha abrió la puerta y su visitante comprobó que ella seguía sin acostarse.

—Estamos a mitad de camino de Dijon. Pensé que descansarías.

—Te dije que quería estar sola.

—Bueno, la verdad es que necesito disponer de un sitio donde no puedan encontrarme.

Fue, entonces, cuando ella se fijó que Bora tenía un morado en la mejilla.

—¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado?

—He tenido un encuentro, pero no te preocupes...

—¡Nos han seguido!

—¡Ha sido por tu culpa! —espetó él.

—¡Dios mío!

—Es tarde para lamentarse. Además, si me quedo aquí, no pasará nada. Nadie sospechará que estoy contigo.

—¿Con quién has peleado?

—Eso no tiene importancia.

—Está bien. Si es necesario, quédate —ella se había colocado nuevamente junto a la ventanilla.

—No te preocupes. No te molestaré, si es esto lo que estás pensando...

Ella no contestó.

—¡Por favor, Marina! Tenemos que hacer un largo viaje...

—¿Y qué?

—Me he arriesgado, salvándote... Y ahora te estoy ayudando. Mañana podrás abrazar a tu padre.

—A cambio de que tú le vendas.

—A cambio de salvar su vida.

—¡Qué generoso!

—Bueno, yo trabajo por dinero, como todo el mundo. Y a tu padre tanto le da trabajar para unos como para otros.

—No creas que va a serte tan fácil convencerle. No es de las personas que se dejan manejar.

—Tú le convencerás.

—Ni siquiera sé si me has dicho la verdad, Bora.

—Te prometí llevarte junto a tu padre. Y lo estoy haciendo.

—Pero... ¿dónde? ¿Dónde está?

—Te he dicho que mañana podrías abrazarle. ¿No te basta?

—Me necesitas a mí para que le convenza, ¿verdad? O quizá no... Quizá me utilizarás para obligarle. Le amenazarás con matarme si no accede a lo que tú le propongas. Es eso, ¿verdad?

—Te equivocas una vez más, Marina. Para que lo sepas de una vez. Quería matarte. El hombre del cual recibo órdenes, quería hacerte desaparecer. Ya no le eres necesaria. Si hubieses tomado, de verdad, aquel avión los de la Seguridad Nacional habrían tenido ocupación para rato tratando de averiguar por qué ibas a Nueva York. Lógicamente hubieran pensado que el profesor estaba en América. Y nosotros nos hubiésemos quedado con vía libre. ¿Lo entiendes, ahora? Yo me he arriesgado por ti. ¡No puedes rechazarme! —Y avanzó hacia ella hasta sujetarla y obligarla a volverse.

Frenético, buscó su boca. Ella se resistió, pero, a fin, tuvo que acceder.

Fue besada con avidez lasciva, pero no correspondida en absoluto. Su boca quedó prieta; asqueada por la actitud de aquel tipo al que tenía que soportar porque era el único que podía llevarla basta su padre.

—Quiero que te entregues. ¡Abre la boca! —rugió Bora.

Pero Marina seguía con la misma actitud pasiva. No era de las mujeres que ceden ante la fuerza. No podía sentir placer por quien le repugnaba.

—¡Maldita seas! ¡Hubiera tenido que dejarte morir! —clamó el

rubio, comprendiendo que de aquel modo no lograría excitarla—. ¡Pero ya vendrás a mí! Te aseguro que acabarás suplicándome...

Marina prefirió no contestar, y aquella pasividad aquel desprecio olímpico era lo que más enervaba a Anastas que volvió al ataque.

—¡Está bien! Si no lo quieres a las buenas, lo tendrás a las malas —y la arrastró, obligándola a tenderse en la cama.

Marina sintió el desagradable peso de aquel cuerpo que deseaba hacerla suya.

El rubio intentó quitarle la blusa y lo único que consiguió fue desgarrársela.

Marina no luchaba. Lo único que hacía era esquivar la boca del hombre y remachó:

—Nunca seré tuya. Podrás forzarme, pero no conseguirás de mí lo que deseas.

Bora la golpeó con furia en ambas mejillas. La golpeó salvajemente y consiguió que de la comisura de los labios de la muchacha surgiera un hilillo de sangre.

No pudo continuar martirizándola, porque sonaron unos golpes en la puerta.

Era el agente Milon quién estaba al otro lado.

Bora pegó un salto y quedóse a la expectativa. Instintivamente buscó el arma que ya no tenía, por haberla perdido en su lucha contra Tony.

Con un gesto, indicó que Marina contestara, cuando Milon golpeaba por segunda vez.

—¿Quién es? —preguntó ella al fin.

—El revisor. Abra, por favor.

Marina miró a Anastas. Aun odiándole, necesitaba salvarle de posibles complicaciones.

El rubio asintió colocándose tras la puerta que ella entreabrió.

Milon empujó rápidamente apartando a la muchacha y penetrando en el apartamento.

Con el pie cerró la puerta, al tiempo que se presentaba:

—Seguridad Nacional —y su mirada quedó fija en Bora.

Durante unos instantes el silencio fue la nota predominante en el compartimento. Parecía como si todos se hubieran tragado la lengua, pero el propio agente Milon cuidó de romper la tensión. Sacó un revólver y encañonó al rubio.

—Bueno, amigo. Ha llegado el momento de hablar claro. ¿Dónde nos dirigimos?

—Pero... —Bora miraba con ojos muy abiertos el arma que empuñaba Milon.

—Vamos, Bora... Primero pensé que no lo sabías, pero después de todo el trajín que te has llevado he llegado a la conclusión de que, por fin sabes dónde vas...

—¿De veras espera que se lo diga? —sonrió Bora.

—Claro que lo dirás.

—¡No!

Milon se volvió hacia la muchacha.

—¿Lo sabe usted?

Marina negó:

—No. No ha querido decírmelo. ¿De veras es usted de la Seguridad Nacional?

Milon sacó su placa de identidad y se la mostró:

—¿Le basta esto? —Al guardarla, añadió—: ¡Ah! Hable con su amigo el periodista. Está muy preocupado por usted. Pero he logrado tranquilizarle cuando le he dicho que yo me ocupaba de todo y que usted no corría el menor peligro.

—¿Está en el tren?

—Sí. En este mismo vagón.

—¡Oh! Pensé que...

—No, no. No ha conseguido usted despistarle. Es un chico bastante listo. En fin, volvamos a lo nuestro —y encaró su revólver contra el rubio—: ¿Que, te decides a cantar?

—¡No! —negó Bora.

—Peor para ti —y sin más preámbulos, el agente apretó el gatillo.

Una sola bala, silenciosa, y a quemarropa. Suficiente para que el rubio se doblara hacia delante con un pronunciado gesto de dolor y una mueca de sorpresa.

Marina estaba aterrada.

—¡No! ¿Por qué... por qué lo ha hecho? ¡Dios mío! Él era el único que sabía...

Milon observó el cuerpo de Bora, inmóvil y encogido sobre la cama del compartimento.

—Tranquila, señorita. Es sólo una bala de cloroformo. Una bala

anestésica. Siento haberla asustado...

—¡Cielos! Creí que...

—¿Que yo era un asesino? Bueno... Con esa clase de tipos no hay que andarse con miramientos. Son de los que matarían a su mejor amigo por unos centavos. Y ahora se trata de su padre. Usted también desea saber dónde está.

—Sí.

—Pues no tardará en saberlo.

—¿Cómo?

El agente sacó del bolsillo un estuche del que extrajo una jeringuilla de plástico con su correspondiente aguja hipodérmica.

—Con esto.

—¿Pentotal?

—Algo parecido. Aquí hay una dosis suficiente para sacar la verdad a toda una *troupe* de elefantes mentirosos. Esperaremos a que le empiecen a ceder los efectos de la bala y le inyectaré. Seguro que sabremos dónde se esconde su padre.

Marina se sintió, profundamente esperanzada.

CAPÍTULO XII

A menudo el desconocimiento de la verdad evita muchos malos ratos y, sobre todo, miedo. Porque el miedo es el peor enemigo. Sobre todo, el miedo a la muerte. Y alguien había decidido que algunos de los pasajeros del expreso de Strasbourg no llegaran a su destino.

Naturalmente, nos han enseñado que la vida y la muerte son don y designio de Dios.

Los creyentes, cuando hablan con el Señor —siempre para pedir —, miran al cielo. Pero ni el cielo es el firmamento que nos envuelve, ni el Todopoderoso es el hombre que, en su avión particular, viaja volando sobre la vía férrea muy por delante de la marcha del tren.

El hombre tiene apellidos, apellidos americanos y residencia francesa, si bien su pasaporte es suizo y sus rasgos parecen netamente teutónicos.

Es, naturalmente, Herbert Lodge Parker.

Viaja en compañía de su secretario que es, o la vez, quien tiene ante sí una completa emisora de vuelo.

—Nos acercamos a Dijon, señor —dijo el secretario—. Llegaremos con media hora exacta de adelanto sobre el tren.

—Será suficiente.

—Creo que sí, sobre todo teniendo en cuenta que no es mucho lo que hay que hacer.

—Mi buen amigo y colaborador... Sabes perfectamente que no me gusta que hagas ciertos trabajos, pero tú mismo has visto lo que ocurre cuando se confía en gentes indisciplinadas. Carecen de responsabilidad. No tienen la más remota noción de lo que significa la palabra obediencia. Sólo persiguen el lucro y se creen dioses que pueden obrar a su antojo. Me contraría esto; me contraría enormemente.

—Lo comprendo, señor.

—Todo son complicaciones innecesarias. En estos momentos, Marina Albert y el periodista deberían estar muertos. Ya no los necesitamos para nada. Y el imbécil de Bora advierte a la muchacha, para que no tome el avión. Hemos eliminado a un puñado de gente inocente porque sí. Es descorazonador.

Su secretario dejó que Herbert Lodge Parker continuara su monólogo desahogante.

—Por si eso no fuera bastante, el muy inútil deja escapar al periodista.

—Sí, señor, en efecto.

—Tú estabas en la estación de Perrache.

—Sí, señor, y pude ver como en el último instante Deladier tomaba el último vagón del tren que ya se había puesto en marcha, claro que, si me permite, quizá pueda encontrar la razón por la cual Bora no pudo...

—¿Acaso tienes una atenuante para la conducta de ese estúpido?

—¡Oh, no! Es imperdonable que hubiera salvado a Marina Albert. Me refería a lo del periodista. Puede que no le viera.

—Debió prestar atención.

—Naturalmente, señor.

—Esto le costará la vida.

—Sí, señor.

—Ahora deben morir los tres.

El secretario asintió.

Herbert Lodge Parker añadió:

—De todos modos, Bora ya no nos era útil.

—Por supuesto que no.

—¿Alguna otra observación, querido amigo?

—Si me permite, sí, señor.

—¡Pues, adelante!

—Usted ha dicho que eran tres los que debían morir. ¿No falta uno?

—¡Oh, Christian! —el orondo Herbert Lodge Parker juntó las manos con gesto y actitud afeminados—: No seas malo. Me has comprendido perfectamente. Esos tres ya estaban condenados de antemano... Jean Milon es el cuarto. El último de la serie. Por ahora. ¡Je! Jean Milon. No sé qué tiene ese nombre que me causa

regocijo. ¿No lo encuentras gracioso, tú también, Christian? ¡Jean Milon!

—Sí. Quizá sí, señor. Quizá resulte gracioso.

Y el honorable Herbert Lodge Parker continuó regocijándose y haciendo alarde de su repertorio de poses.

Lo dicho. A veces es mejor ignorar la verdad. Se ahorra miedo, pero claro, eso tiene sus peligros. Un riesgo fatal que estaban corriendo —sin saberlo— cuatro personas que tenían vida hasta Dijon.

En aquellos momentos, ochenta kilómetros de vida. Tres cuartos de hora, aproximadamente: cuarenta y cinco minutos.

Faltaban quince minutos para que el expreso llegara a Dijon.

Tony estaba demasiado nervioso para intentar siquiera descansar y había optado por salir del compartimento. Lo primero que hizo fue preguntar al conductor.

—¿Y Milon?

—¿Cómo? —inquirió el empleado, a su vez.

—El agente.

—¡Ah! Está con la muchacha.

—¿Ha pasado algo?

—No, tranquilícese.

Tony encendió un pitillo y miró fijamente al empleado que se encogió ligeramente de hombros como si pidiera disculpas.

—Con que no había ninguna otra chica en el vagón... ¿eh?

—Lo siento... Él me dio instrucciones. Me enseñó su placa y... Compréndalo.

—Claro, claro. Usted no tiene la culpa.

—Pero ¿qué es lo que pasa, en realidad? Yo sólo me he enterado de lo que ha contado usted.

—Es una historia demasiado larga. Quizá algún día la lea en los periódicos.

—¿Espionaje? —preguntó el empleado, confidencialmente.

—Favor por favor. ¿Dónde está la chica?

El conductor dudó, pero al fin bajando la voz murmuró:

—En la veintisiete. Escondí la otra lista para que usted no la viera —y añadió—: ¿Espionaje?

—Secuestro —repuso el periodista, en el mismo tono misterioso.

—¡Ah!

—Muy complicado todo.

—¿Y usted? ¿Qué pinta aquí?

—¿Yo? Bueno. Soy periodista.

—¡Ah!

—Pero ya ve. Me echan. ¿Y el rubio? ¿Se le ha visto por aquí?

—¡Oh, sí! Está dentro.

—¿Eh?

—Sí, sí —recalcó el empleado—. Los tres están dentro. Hace ya un buen rato.

Tony hizo ademán de dirigirse al corredor, pero el conductor le advirtió:

—No se le ocurra entrar, ¿eh? Para mí que la señorita está en buenas manos. Ese agente es un tipo duro. Y va bien armado. Lleva dos pistolas. Se las he visto, una en el bolsillo de atrás y otra en una funda sobaquera oculta por la chaqueta.

—Es natural que vaya armado.

—Claro, claro. ¡Je! El tren es una escuela de anécdotas. ¡Aquí ve uno cada cosa...!

—Lo imagino.

—Ahora, un secuestro.

—¡Cállese, hombre!

—Sí, sí...

Tony había consumido ya nerviosamente, su cigarrillo, y más nervioso se hubiera puesto de saber que alguien había dictado su sentencia de muerte.

Entretanto, en el compartimento veintisiete... Anastas Bora empezó a removerse.

—Ya empieza a despertarse —dijo el agente Milon, y preparó el inyectable—. Ayúdeme a quitarle la chaqueta.

Entre él y Marina le quitaron la cazadora y ya con los brazos libres, el agente pudo clavarle la aguja.

—Ya está —dijo—. Dentro de unos momentos nos dirá lo que queramos saber.

CAPÍTULO XIII

Faltaban diez minutos exactamente para que el expreso entrara en agujas, en la estación de Dijon.

—Vamos, Bora. Tú sabes dónde está el profesor Albert. Tienes que decirlo.

El rubio pronunció algunas frases incoherentes y Milon repitió la pregunta.

—¿Dónde está el profesor? ¿Dónde lo habéis llevado?

La droga no parecía hacer el efecto apetecido. Marina estaba en completa tensión. Ella era la más interesada en saber el paradero de su padre.

El agente insistió por tercera vez.

—Bora... Somos tus amigos —y al decirlo, guiñó un ojo a la muchacha—. Dinos dónde está el profesor Albert.

Por fin el drogado dijo algo coherente:

—En la granja.

—En la granja, sí... ¿En Strasbourg?

—No, no... Strasbourg no...

—¿Antes de llegar?

—No...

—Vamos, Bora. ¿Dónde está esa granja?

—Junto al río...

—¿Qué río?

—El Rhin...

—¿Quieres decir que está al otro lado de la frontera...?

De nuevo volvieron las palabras incoherentes y Milon volvió a insistir, con voz suave:

—Bora, en Strasbourg hay el puente de Europa. ¿Verdad? ¿Sabes lo que viene después?

—Khel...

—Exactamente. La primera ciudad alemana, pegada a la

frontera.

—Sí.

—¿Es allí donde está el profesor?

—Dilo, Bora, dilo —intervino Marina, con el corazón en un puño.

—Ilahsim —soltó, por fin, Bora.

—¿Cómo has dicho? —Hizo repetir la muchacha.

—Ilahsim, junto al río...

Milon levantó la mano y frunció el ceño, pensativo.

—Sí. Ya sé —dijo, al cabo de unos instantes—. Es un pequeño pueblo a pocos kilómetros de la frontera. ¡Ilahsim! Ahora ya sabemos dónde está.

Consultó el reloj. Faltaban cuatro minutos para que el tren llegara a la estación.

—Gracias a Dios... Pero ¿cómo lo sacaremos de allí? Debe tener guardianes vigilándole. ¿Irá usted solo?

—Por supuesto. Iré completamente solo.

—¿Cree que todo saldrá bien?

—Está saliendo todo a pedir de boca desde este momento —y su sonrisa contagiosa tranquilizó totalmente a Marina.

Claro que la joven no se hubiese sentido tan contenta ni segura, si en aquellos momentos hubiera podido escuchar la conversación que cuatro policías estaban sosteniendo en la estación de Dijon...

El inspector de la policía judicial Gastón Marsac había conseguido anticiparse a la llegada del expreso.

En la misma estación le acompañaban tres agentes de paisano.

La conversación que sostenían era la siguiente:

—Hay que obrar con la máxima discreción. Si le han seguido, mi amigo puede correr un grave riesgo. Eso contando con que no sea ya demasiado tarde.

—Haremos lo que podamos.

—¿Tienen los coches dispuestos?

—Sí, inspector. En cuanto el tren arranque, dos coches le seguirán.

—¿La radio?

Uno de los hombres le mostró su aparato.

—En cuanto consiga localizar a mi amigo les daré instrucciones.

—Si no he entendido mal —apuntó uno de los hombres—,

además de ayudar a ese amigo suyo, necesita que le dé una descripción.

—Eso es.

Y el policía judicial, al tiempo que relataba lo ocurrido unas horas antes, revivía la escena que, a su vez, le habían contado...

Ocurrió en el recinto de los anfiteatros romanos, bajo la sombra de la basílica de La Fourvière.

La pareja de gendarmes que efectuaba la vigilancia. Los mismos que se cruzaron con Tony cuando éste peleaba con su seguidor, hicieron un macabro descubrimiento.

Precisamente muy cerca del mayor de los teatros romanos se abría una sima de considerable altura en donde se estaba trabajando para cubrirla.

Fue casi por casualidad que uno de los gendarmes descubrió al fondo del agujero rectangular, el cuerpo de un hombre.

Avisadas las asistencias y, posteriormente, los bomberos, lograron rescatar un cadáver.

El muerto fue identificado como agente de la Seguridad Nacional Francesa, Jean Milon.

—Necesito que Tony me describa al hombre con quien se entrevistó anoche en aquel lugar —concluyó Gastón Marsac.

—¿Supone que mataron al verdadero agente para suplantarlo?

—Efectivamente —respondió Gastón a la pregunta de uno de sus colegas—. Efectivamente, pienso que es así.

Y así era. El hombre en quien Marina y, naturalmente, el propio Tony confiaban plenamente, no era más que un impostor. Un falso agente que en aquellos momentos ya no le importaba descubrirse.

El suplantador había sacado su revolver auténtico. El que llevaba balas de plomo de verdad, del calibre treinta y ocho.

Bora aún no estaba repuesto, cuando el falso Milon aplicó el cañón a una de las sienes.

—¿Qué va a hacer? —exclamó Marina, horrorizada.

—Matarle. Ahora ya sé lo que quería.

—¡No! No puede hacerlo. Sería un asesinato. Y usted...

Marina no pudo terminar. La bala, silenciosa también, saltó la tapa de los sesos de Bora que ya nunca más volvería a despertar.

El agujero abierto por el plomo hizo que la masa encefálica del cadáver se esparciera por la cama.

Marina sintió náuseas, deseos de vomitar, al tiempo que una tensión imposible de soportar le impedía gritar y pedir auxilio.

—Us... Usted... —consiguió balbucir—. No es agente de la Seguridad. Usted es... Usted es... —no pudo continuar, la tensión la venció y cayó desmayada.

—Mejor —murmuró el falso Milon, volviendo el arma hacia la muchacha—. Mejor así. Me evitarás complicaciones y no sentirás nada.

Y apuntó con mano firme.

Iba a disparar.

CAPÍTULO XIV

La entrada del tren en la estación de Dijon hizo que el falso agente aplazara la ejecución, no sin una gran contrariedad por su parte.

—Por unos minutos —murmuró, consultando el reloj—. Bueno, mejor no precipitarse. Esperaré a que el tren se ponga en marcha.

Se aseguró de que la puerta del compartimento siguiera cerrada por dentro y encendió un cigarrillo, sin importarle la desagradable presencia de la cabeza destrozada de Bora ni el estado inconsciente de Marina que ni siquiera podía pedir auxilio.

El tren se había detenido ya, y Tony se asomó por la portezuela de la plataforma, para observar la escasa animación del andén.

Un altavoz anunciaba la inmediata salida de un tren con destino a Cervére y enlace en Lyon para Génève.

No le fue difícil al periodista advertir la inesperada presencia de su amigo Gastón, lo cual le sorprendió, y mucho más al ver que el policía al divisarle corría también hacia él.

—¡Tony!

Claro que el falso Milon, desde la ventanilla, también se había percatado de la presencia de los policías y eso le obligaba a actuar con mayor celeridad.

Por eso apuntó con decisión sobre el cuerpo de la inconsciente Marina.

Tony saltó del tren en aquellos momentos para ir al encuentro de su amigo.

—¡Gastón! ¿Me esperabas a mí?

—No tengo mucho tiempo para explicaciones, Tony. Dime cómo era el hombre con quien te entrevistaste esta noche.

—¿Te refieres a tu amigo de la Seguridad Nacional?

—Sí.

Tony sonrió con la inocencia de quien cree que todo marcha

perfectamente.

—Sube, hombre. Está en el tren. Custodia personalmente a Marina.

—¡Cielos, no! —gritó Gastón.

—¿Cómo?

—¡Vamos! —dijo Gastón a los otros y para que Tony enterase, añadió—: Dime en qué compartimento está. ¡Ese hombre es un impostor!

Corrieron todos hacia el vagón. A una indicación de Gastón Marsac, dos de los agentes subieron por la plataforma trasera y los otros siguieron adelante con Tony a la cabeza como guía.

Al entrar en la plataforma, el periodista indicó:

—Compartimento veintisiete.

El conductor estaba en el corredor. Al ver a Tony y a los agentes se apartó cuanto pudo, pegándose a las ventanillas.

Cuando les vio situarse junto a la cerrada puerta de la cabina veintisiete y advirtió cómo sacaban sus armas, con un nudo en la garganta musitó:

—No está... El hombre no está.

Tres pares de ojos se volvieron hacia el empleado, mientras los otros dos agentes que habían subido por la parte trasera cubrían aquel lado de corredor.

—Ha salido hace un momento. Llevaba... llevaba a la muchacha en brazos. Dijo que se había desmayado. Es muy raro...

—¿Dónde ha ido? —preguntó Tony.

—Salió por ese otro lado —e indicó el lado de la vía.

En aquel momento salía el tren que había sido anunciado a la llegada del expreso.

—No lo alcanzarán. Subió a ese tren —añadió el conductor del vagón.

Ahora, los tres pares de ojos estaban fijos en el tren que marchaba en dirección opuesta.

Tony saltó desesperadamente, pero comprendió que por más que corriera ya no podría alcanzarlo.

Gastón Marsac preguntó al empleado.

—¿Dónde tiene su próxima parada ese tren?

—En Chálons.

—Eso debe estar a unos setenta kilómetros de aquí.

—Más o menos —asintió el empleado.

—¡No podemos esperar tanto! Si ha huido con Marina es porque nos ha visto... Ella puede correr un grave riesgo —el presentimiento expresado había corrido a cargo de Tony.

—Pero ¿qué pasa? Ese hombre era un agente de la Seguridad Nacional, ¿no? —inquirió el conductor.

—Eso creíamos todos —repuso Tony, pensando en otra cosa que espetó seguidamente—: ¿Y Bora? El rubio...

El empleado se encogió de hombros.

—¡La llave! —pidió el de la judicial.

El conductor llevaba consigo la llave maestra con la cual abrió el compartimento y sus ojos aterrados denunciaron el descubrimiento que acababa de hacer.

El espectáculo era en verdad muy desagradable.

Gastón Marsac hizo un ademán a los otros dos agentes:

—Háganse cargo de esto. Nosotros perseguiremos al tren. El asesino es, sin duda, ese impostor. Espero que pronto caiga en nuestras manos...

Si Gastón Marsac permitió que fuera Tony quien llevara el volante del coche fue porque conocía perfectamente su pericia como conductor.

En el haber del periodista figuraban algunos trofeos obtenidos en otras tantas pruebas automovilísticas, y aunque últimamente Tony parecía haber perdido la afición de los primeros tiempos, seguía siendo un excelente conductor.

Con Tony y Gastón en el coche viajaba, también, otro agente. Tras ellos, a duras penas podía seguirles otro vehículo de la Prefectura de Dijon.

El tren les llevaba una ligera ventaja, que no era nada difícil de anular. Pero todos eran conscientes de que cada segundo perdido podía ser fatal para Marina. El tiempo trabajaba en favor del asesino.

El agente de Dijon, recordó:

—Hay un puente, a diez kilómetros de aquí, aproximadamente. A esta velocidad llegaremos enseguida. La vía del tren pasa por debajo. Quizá podríamos intentar...

—Se intentará —atajó Tony, con la mirada fija en la carretera secundaria que corría paralela a la vía, aunque unos kilómetros más

abajo se separaba para elevarse y pasar por encima del trazado ferroviario.

Aquel puente era el objetivo de Tony y de los otros dos hombres que iban en el coche. Si conseguían llegar, momentos antes de que pasara el tren, podría servirles para dejarse caer sobre cualquiera de los vagones. Era difícil y sobre, todo arriesgado, pero debía intentarse a fin de salvar a Marina.

Entretanto, el falso Milon se había metido ya en un compartimento vacío y ante las protestas del conductor del vagón, replicó:

—Soy policía. Cuando deje a la señorita le enseñaré la placa —y depositó a Marina sobre la litera. Luego, volviéndose hacia el empleado le mostró la placa. Una placa auténtica, robada al verdadero agente. Bastaba con tapar ligeramente con el pulgar, la foto. Por lo demás la autenticidad saltaba a la vista, aunque por experiencia sabía que la gente suele fijarse poco en los detalles. No se ven placas como aquella todos los días y por una rara psicosis, la gente acepta sin dudar que el que dice ser policía y hace intención de mostrar la placa, sea de verdad, un agente de la autoridad.

El empleado no fue una excepción.

—Está bien, señor. Pero...

—Luego arreglaremos lo del compartimento. Ahora necesito reanimar a la señorita. Mejor será que nadie me moleste.

—Por supuesto, señor —repuso el otro, y el falso Jean Milon cerró la puerta y volvió a quedarse solo, a sus anchas y dispuesto a librarse de una vez de Marina.

—Sabes demasiado, pequeña y serías un estorbo. Bien... terminaré pronto y cuando el tren aminore la marcha, saltaré. No quiero sorpresas en la próxima parada... —Y sacó el revólver provisto del correspondiente tubo silenciador.

Y mientras...

El automóvil conducido por Tony estaba ya a la altura del tren y en pocos segundos, iba a rebasarlo. Faltaban todavía cinco kilómetros para llegar al puente. El tiempo pasaba. Y ahora, cada segundo era vital de verdad, porque el falso Milon había decidido que era el momento de acabar con la hija del profesor.

CAPÍTULO XV

En el coche, el agente de Dijon advirtió de la composición del tren a sus compañeros de persecución.

—Lleva siete vagones. Sólo hay un coche cama; el antepenúltimo.

El de la judicial asintió, y Tony murmuró:

—Ése es nuestro vagón. Para matarla necesita estar solo.

Todos quedaron de acuerdo, sin más palabras. El objetivo era el antepenúltimo coche del convoy.

Faltaban tres kilómetros que tren y coche devoraban en sorda carrera cuyo desenlace podía costar la vida de una mujer o salvarla, pero...

El falso agente estaba apuntando a la muchacha cuando ésta recobró el conocimiento. La vista del arma apuntando su cabeza le hizo tener conciencia de la realidad.

—No... —balbució—. Matarme no le servirá de nada.

Por toda respuesta, el falsario amartilló el arma. Un siniestro chasquido anunció la muerte inmediata.

No es que la muchacha quisiera ganar tiempo. Sospechaba que su fin era inminente y sólo el sentido de la propia conservación, el innato deseo de vivir la impulsó a hablar, a prolongar su existencia o tal vez su agonía.

—¿Qué daño puedo hacerles yo? Lo único que deseo es ver a mi padre. Poder abrazarle.

—Todo el mundo quiere al profesor, pequeña. Todos querernos verlo. Pero yo llegaré el primero, ¿sabes? Estoy harto de recibir órdenes.

—¿Usted... Bora, trabajaban juntos?

Sin moverse ni un milímetro, el asesino asintió con una sonrisa.

—Y... reciben órdenes...

El hombre se sintió ligeramente locuaz, tal vez para dar

satisfacción a su ego.

—Él, yo y otros, trabajamos para la misma persona... Pero todos tenemos derecho a independizarnos. Él quería sacar un buen precio por tu padre, por eso esperó. Yo lo venderé más barato. Cobro al contado. Me habré anticipado a todos. Por eso tengo prisa.

—¡Él! ¿Quién es él?

—Qué importa eso...

—Y usted... Usted dijo que había hablado con Tony. Tony me habló de que tenía una cita con un agente de la Seguridad Nacional.

—Naturalmente. Y tú se lo dijiste a Bora.

—Se lo dije, para que supiera que su plan salía tal como él pensaba. Tenía ganas de que todo esto terminase.

—Y terminará...

—Pero... usted suplantó al verdadero agente...

—Bora me dijo el lugar de la cita.

—¡Se lo dije yo! Dios mío no pensaba que...

—¡Claro que no! No podías pensarlo ni remotamente. Nadie conocía mis planes. ¿Comprendes?

—No.

—La idea de matar a Milon la tuve yo, para seguir con mi plan particular. Me ayudaron un par de amigos a quienes pagué espléndidamente... Y una vez muerto Milon, me quedaba el campo libre para acercarme a ti. Y si el periodista se metía de por medio, como así ha sido, no sospecharía nada porque me creería un agente. ¿Cómo no iba a creerlo?

—Dios mío —a Marina se le nublaban los ojos por las lágrimas que pugnaban por salir de sus pupilas. Se sentía responsable de aquel crimen, aun cuando ella se encontraba en el instante supremo de abandonar el mundo de los vivos a manos de un hombre al que sólo le guiaba la ambición.

—No quiero que muera con remordimiento. Écheme a mí la culpa. No me importa. He conseguido lo que deseaba...

Simultáneamente, el coche que conducía Tony con los dos policías estaba subiendo la rampa del puente. El pequeño rodeo daba ventaja al tren, que se acercaba peligrosamente. Estaba tan sólo a unos doscientos metros.

Eran, aproximadamente, los que le faltaban al auto para llegar a su destino.

En el vagón de la muerte, la situación entre asesino y futura víctima había llegado al límite, por más que Marina se esforzaba en prolongar los segundos.

—Dígame de quién recibe órdenes. Quiero saber quién secuestró a mi padre.

—El secuestro corrió a cargo de Bora y su gente —explicó, lacónicamente, el falso Milton.

Cien metros le faltaban al coche para llegar al puente, cuando el conductor del tren parecía imprimir una mayor velocidad a la locomotora.

Tony aceleró desesperadamente para no dejar perder la última oportunidad de salvar a Marina.

Y Marina, en el vagón, consiguió detener la mano asesina haciendo una nueva pregunta.

—Pero usted no sabía dónde estaba mi padre.

—Al jefe no le gusta dar muchas explicaciones.

—Pero ese jefe, quien sea, sí sabe dónde está mi padre.

—Naturalmente, pero apuesto a que Bora intentaba lo mismo que yo: realizar, por su cuenta, la operación...

Cincuenta metros, cuarenta. Ya estaban llegando. El tren lanzó un pitido, de esperanza, o tal vez de... muerte.

Treinta metros, veinte.

La velocidad tragaba la distancia y todos estaban pendientes del puente.

—¡Lo conseguiremos! —gritó el periodista, cuando faltaban menos de una veintena de metros.

La cabeza del convoy estaba prácticamente bajo el puente. La locomotora comenzó a cruzar.

Diez metros.

Pasó el furgón y el primer coche.

—¡Dígame el nombre! Sólo le pido saber quién puede querer tan mal a mi padre.

—No le quieren mal: simplemente, lo venden por dinero. Su padre podrá seguir viviendo. Pagarán un rescate. Eso es todo...

¡El puente! Estaban ya en el puente y los tres hombres salieron del coche con más rapidez que si se hubiera prendido fuego en el interior del mismo.

Pasaba ya el cuarto vagón. No tenían mucho tiempo para

preparar el salto.

El siguiente era el coche cama, y ya sólo faltaban los dos últimos de la cola.

Tony fue el primero en subir al pretil del puente. No calculó demasiado bien la distancia. Se lanzó prácticamente a ciegas, casi al unisonó lo hicieron el agente de Dijon y Gastón Marsac.

La velocidad del tren empujó a Tony que rodó por el tejado del vagón, pero antes de caer consiguió sujetarse a uno de los tubos de aireación.

El agente de Dijon tuvo menos suerte y tras rebotar, fue a parar al suelo.

Gastón consiguió pegarse al suelo y aún pudo ver cómo su colega se incorporaba, lo que le tranquilizó.

Sin embargo, no había tiempo que perder. Tony, jadeante, corría por encima del penúltimo vagón en dirección al siguiente.

Tras él con la inseguridad producida por el movimiento y la velocidad del tren, seguía Gastón Marsac.

El periodista se deslizó hasta el borde, sujeto a la parte alta de la intersección de los vagones. La parte más peligrosa consistía en saltar sobre los peldaños de la portezuela, pero tenía que calcular muy bien los movimientos para, que, al mismo tiempo que saltara, pudiera asirse a la barra vertical.

Meditó rápidamente sus movimientos. Tenía que arriesgarse. Era quizá, la última oportunidad de salvar a Marina.

Y la muchacha lanzaba una última pregunta. Era como una súplica, antes de morir.

—Dígame el nombre, por favor. Yo no podré hablar con nadie. Usted me va a matar y quiero saber ese nombre.

Era como una obsesión, un aferrarse a la idea de prolongar su vida y morir sabiendo quién, con la peor voluntad, destruía a toda una familia. Porque para Marina su padre era toda la familia...

El asesino sonrió.

—Ni tú, ni nadie podría imaginarlo jamás. No, pequeña. Te llevarías una sorpresa. No lo creerías...

—¡Qué importa lo que pueda creer, o no!

—Piensa en alguien interesado por la suerte de tu padre y por la tuya. Piensa en una persona honorable y, sobre todo, respetabilísima. Piensa en la última persona que puedas imaginar y

acertarás.

—¿Eh?

El falso agente acentuó su sonrisa:

—¿No te dice nada el nombre de Herbert Lodge Parker...?

—No es posible.

—Lo es. Punto. Ahora ya sabes lo que querías.

Y el impostor se decidió a disparar.

CAPÍTULO XVI

Marina Albert, aterrada, sola frente a la muerte, ocultó el rostro entre las manos, esperando que el plomo letal traspasara su cuerpo.

Incapaz de resistir la tensión, se había dejado caer de rodillas.

Iba a recibir la bala a quemarropa porque ya nada podía detener al asesino.

¿Nada?

Unos golpes en la puerta y la súbita reacción del asesino que se siente cogido casi en flagrante delito.

Luego la reacción de quien no desea perder la vida y que está dispuesto a jugárselo todo en el último instante. Marina que, ante la vacilación de su verdugo, se lanzó contra sus piernas haciéndole perder el equilibrio.

Una sorda exclamación del hombre, tambaleándose. Y de nuevo, los golpes en la puerta.

—Abran. El revisor —una voz desde fuera.

Marina seguía intentando la lucha, pero el impostor era más fuerte y no podía perder su tiempo en un momento decisivo como el que estaba viviendo.

Los golpes se repitieron por tercera vez.

—¿Qué pasa? Abra, por favor. Soy el revisor...

El impostor golpeó con el cañón del revólver la cabeza de la muchacha. El golpe bastó para que ella perdiera el sentido y le soltara.

—¡Espere, espere un momento! —dijo, el falso agente. Y se apresuró a tomar a la muchacha y depositarla sobre la litera.

—¡Ya voy, ya voy! —repitió.

Marina sobre la cama, parecía dormida. Aquello, de momento, alejaría sospechas...

Entreabrió la puerta, pero ésta cedió como empujada por un huracán.

Era Tony que entró como un alud abalanzándose contra el sorprendido impostor que se vio arrinconado contra la ventanilla, por la furia de su agresor.

Tras de Tony, Gastón Marsac entraba revólver en mano.

La pequeñez del compartimento impedía los movimientos, pero ello no obstó para que Tony consiguiera desviar el arma con que el asesino trataba de defenderse. La pistola se disparó un par de veces y las balas silenciosas fueron a incrustarse al techo del vagón.

El periodista, con la furia propia de quien lucha a la desesperada, consiguió conectar un buen directo, primero en el pecho y después en la mandíbula de su adversario.

El asesino, sin sitio material para retroceder se deslizó hacia el suelo, mientras el de la judicial saltando de forma inverosímil llegaba a su lado y le arrebatava el arma.

—Ocupate de ella —dijo Gastón a Tony, refiriéndose a la inconsciente Marina.

Era, justamente, lo que Tony iba a hacer, cuando su amigo esposaba al falso agente, diciendo:

—Nos has dado mucho trabajo.

El periodista trataba de reanimar a la muchacha, mientras en el corredor, el conductor del tren y algunos pasajeros a los que la lucha había despertado, se asomaban para averiguar lo ocurrido.

—Traiga algo para reanimarla. Deprisa —pidió Tony, y el conductor se apresuró a buscar una de esas pócimas a base de hierbas medicinales y alcohol.

El impostor quedó sujeto por las manillas, al policía, que murmuró:

—Éste ya va listo...

Pero el asunto estaba lejos de quedar concluso, porque la sentencia de muerte contra Marina seguía en pie. Y con ella alguien había firmado la de Tony Deladier y la del falso Milon.

Retrocedamos a la estación ferroviaria de Dijon, en el momento en que el impostor saltaba del tren llevándose consigo a Marina.

Era el instante en que Tony, Gastón y los agentes de la Prefectura local corrían hacia el vagón.

Había alguien más que observaba la escena. Alguien que había llegado con algunos minutos de antelación, en relación al tren. Era Christian, el secretario del hombre que manejaba el tinglado. El

secretario que llevaba la misión de verdugo.

Christian fue testigo de lo que sucedía y comprendió que no podía actuar.

No podía actuar en la propia estación, ante la gente, pero sabía dónde podía encontrar, por lo menos a dos de sus víctimas: Marina y Milon. Y sabía dónde estaban ambos, porque había presenciado la fuga que no llegó a tiempo de impedir.

¿Qué hizo Christian?

Lo más sencillo: llamar por teléfono a su jefe.

—Han tomado un tren que va a partir con destino a Chálons. Voy a seguirles. Quizá tenga que ocuparme más tarde del periodista.

La voz afeminada del orondo patrón, concedió carta blanca.

—Confío plenamente en tu eficacia, Christian. Sé que tú no me defraudarás jamás.

Y así, Christian, dándose una corta carrera, consiguió alcanzar el mismo tren.

¡Y Christian estaba allí!

Estaba en el bar del vagón que seguía al de las camas. Sentado en la oscuridad, aguardaba su vez. No tenía prisa. Se había trazado un plan. Les mataría en el último momento, cuando el tren estuviera llegando a la estación. Sabía dónde estaban. Les sorprendería.

Pero ahora Christian, se había asomado; le gustaba tener vigilada la presa, por eso observó el inusitado movimiento del vagón contiguo y adivinó lo que estaba ocurriendo.

Aquello no le afectó lo más mínimo. Al contrario. Había identificado a Tony Deladier y esto le situaba en condiciones óptimas para cumplir de una vez el triple encargo fúnebre. No tendría que buscar al periodista porque éste estaba ya allí.

Conocía también al cuarto hombre: Gastón, y pensó que no estaría de más hacerle desaparecer, también.

Sí. Bien pensado, era una buena idea que muy pronto iba a poner en práctica.

Acarició la pistola de largo cañón. Una joya desmontable de efectos pasmosos, sobre todo si la empuñaba una mano firme y serena como la suya.

El revisor se alejaba ya de la cabina donde habían tenido lugar

los hechos y al cruzarse con Christian, éste le preguntó:

—¿Falta mucho para Chálons?

—Veinte minutos, señor.

—Gracias.

En el compartimento reinaba la calma.

El impostor, repuesto ya, guardaba silencio. A su lado Gastón consultaba la hora.

—Llegaremos dentro de diez minutos —dijo, en voz alta.

Marina repuesta ya y atendida por Tony, mostró su deseo de salir. No podía soportar la presencia de quien no fue su verdugo por una cuestión de décimas de segundo.

—Llévame fuera, Tony.

—Sí, claro —musitó él—. ¿Te sientes bien?

—Sí. Ya sí, Tony.

Luego, fuera, añadió:

—Sé que no podrás perdonarme.

—No digas eso... Todo lo que hiciste fue por coacción. Te viste forzada a ello.

—Pensaba en mi padre. Pero yo no deseaba que nadie sufriera daño.

—Debes olvidar esto. Ya nos has dicho dónde está. Cuando lleguemos a Chálons, Gastón hablará con los agentes de la Seguridad Nacional. Ya estaba previsto, en Dijon. Es posible que nos esperen. La libertad de tu padre será un hecho.

—Y ese hombre...

—¿Herbert Lodge?

—Es increíble que él...

—Se tomarán todas las medidas pertinentes para detenerle.

—¡Dios mío!

—Anda, cálmate, cálmate...

Salieron a la plataforma y Tony preguntó al conductor a qué hora abrían el bar.

—A las seis horas treinta minutos, señor. Pero si quieren tomar algo, veré si tengo por ahí... ¿Un *whisky*?

—No vendría mal. Dos. Ella también.

Marina no estaba del todo repuesta, aún. Había vivido una enorme tensión y apenas despertó y se vio rodeada por gente de confianza, empezó a decir todo lo que sabía. Informó, en primer

lugar, del sitio donde estaba su padre. Luego pronunció el nombre de Lodge y, por fin, habló del asesinato de Bora y de lo cerca que ella misma estuvo de la muerte.

El falsario guardó silencio. Ni corroboró ni desmintió las palabras de la joven. Estaba cogido. Sabía que ya nadie podía salvarle. Ni siquiera su propia gente, a la que había traicionado.

Ahora, Marina tomó el *whisky* que le ofreció el conductor del vagón-camas y Tony levantó su vaso en simbólico brindis, añadiendo:

—Ahora todo irá bien...

Las cosas estaban, en realidad, peor que antes, porque ahora el asesino era un perfecto desconocido para ellos.

Y el tren se aproximaba a la estación de Chálons. Christian escondió su pistola especial en el interior de su impecable chaqueta. Aguardó en la plataforma posterior, dominando todo el pasillo del coche.

Cuando el tren entró en agujas, Gastón Marsac, esposado junto al impostor, salió del compartimento.

El conductor del coche-camas recorrió el pasadizo para llamar a una puerta.

—Chálons. Estamos entrando en la estación. Dese prisa —avisó a un pasajero que tenía que apearse.

Tony, Marina, Gastón y el falso Milon estaban en la otra plataforma. Christian avanzó hacia ellos.

Acabaría con todos, antes de que salieran del tren. Les dispararía, uno a uno, por la espalda. Luego saltaría por el lado de las vías y desaparecería antes de que pudieran verle a él, y advertir lo sucedido.

Estaba ya a más de la mitad del pasillo.

Christian siguió avanzando hasta situarse a un par de metros de sus víctimas.

Tony, que iba el primero, abrió la portezuela, deseoso ya de apearse de aquel tren que Marina también sentía enormes deseos de abandonar.

Fue entonces cuando el impostor volvió hacia atrás la cabeza sin nada que lo justificara; fue uno de esos movimientos instintivos.

Y vio a Christian. ¡Era el único que le conocía!

Más que a Christian, vio cómo éste sacaba la pistola.

El instinto de conservación le hizo lanzar el grito que sirvió de advertencia:

—¡No! —Y trató de hacerse a un lado, arrastrando con él a Gastón.

Christian disparó en aquel momento, y la bala atravesó el cuerpo del falsario.

—¡Salten! —gritó Gastón, al tiempo que sacaba su pistola reglamentaria de la funda sobaquera.

Christian disparó por segunda vez, pero el de la judicial, más que tirarse al suelo se vio arrastrado por la caída del hombre esposado junto a él. Esto le salvó la vida. Y ya desde el suelo, simultáneamente disparó contra el agresor.

Su revolver sin silenciador produjo el lógico estallido.

Christian recibió el impacto en el vientre. Abrió la boca y cayó hacia adelante. Era ya un cadáver, antes que su cuerpo chocara contra el piso del vagón.

CAPÍTULO XVII

Una hora antes había amanecido. El día prometía ser extremadamente caluroso, como los que le precedieron.

Marina y Tony habían tomado sendas habitaciones en el hotel de la estación, a instancias del inspector de la policía judicial con el consejo de que la muchacha descansara, pero la propia tensión le impidió dormir. Prefirió tomarse un baño relajante y aguardar el regreso de Gastón con las instrucciones para el rescate del profesor.

Tony había permanecido todo el tiempo de la espera, junto a la joven.

Así les encontró Gastón cuando regresó para informarles de que todo iba ya por buen camino.

—Las autoridades alemanas han sido informadas. En estos momentos se dirigen hacia la granja para rescatar a su padre. No se preocupe por nada. Todo saldrá bien.

—¿Cuándo podré verle? —preguntó ella.

—Bueno, no sé. Seguramente querrán hacerle un montón de preguntas.

—Pero lo traerán a Francia...

—Naturalmente. Bien... No puedo hablarle de forma oficial, porque este asunto no es de mi competencia, pero pienso que está dispuesta a viajar hasta Khel...

—¡Claro que estoy dispuesta! —dijo ella.

—Bueno, calma, calma. Hablaré con el jefe. Veré si es posible que cuando su padre llegue a la frontera de nuestro país, le concedan unos instantes para que se puedan abrazar. ¿Le basta con esto?

—De momento, sí. Llevo tanto tiempo sin verle... Quiero saber cómo le han tratado. Es distinto de cuando pasaba largas temporadas fuera. Entonces yo sabía que él trabajaba a gusto y que era feliz. Y me escribía o nos llamábamos por teléfono. Pero esto de

ahora...

—La comprendo perfectamente —atajó Gastón—. Y haré lo que pueda para que esta entrevista pueda tener lugar.

—Te acompañaré —adujo Tony.

—Gracias.

—Tomaremos un avión, si es posible.

El policía asintió queriendo indicar que también él se ocuparía de esto.

La policía de la Alemania Federal, ni aun la de la Alemania unida de antes de la Segunda Guerra Mundial, jamás ha visto glosada su eficacia en la literatura como lo ha sido Scotland Yard o la policía judicial parisina, representada por Simenon con su singular Maigret. También el cine ha cuidado de resaltar los grandes despliegues de la policía de Estados Unidos y se han derramado caudales de tinta cantando las gestas de los hombres del FBI o de la CIA. En cambio, los defensores de la ley germanos, nunca han tenido su genuino representante, al menos a nivel popular.

Sin embargo, para rescatar al profesor Albert dieron una prueba de su ingenio.

En la operación no se efectuó ni un solo disparo.

Por principio habían pedido detalles sobre las costumbres del profesor, sus gustos, sus alimentos favoritos y otros detalles.

La respuesta había sido categórica.

—Tendrán al profesor mañana, sobre las diez, en la frontera. Antes, imposible.

¿Qué hicieron?

Primero, rodear la granja con agentes perfectamente camuflados. Después, poner en práctica el plan base.

El lechero habitual, debidamente advertido, dejó, como cada mañana, los dos litros de leche que consumían los tres hombres que custodiaban al profesor.

La leche fue recogida, como de costumbre, por uno de los guardianes. Luego éstos tomaron el desayuno. El consabido café con leche.

A los diez minutos los tres hombres dormían profundamente.

La leche estaba preparada.

Claro que jugaban con la ventaja de saber que el profesor Albert ¡no tomaba leche!

Naturalmente, antes de dirigirse abiertamente a la granja abandonada, se cercioraron de los resultados. Volvió el lechero con una excusa preparada de antemano por si hacía falta, porque al llamar le abrió el profesor en persona. Estaba libre, porque nadie se hallaba en condiciones de vigilarle.

El resto es fácil de imaginar.

Detuvieron a los guardianes y el ilustre secuestrado fue llevado hasta la frontera para ser entregado a las autoridades francesas.

Marina le esperaba en el lado francés, naturalmente acompañada por Tony.

La espera había sido larga, pero, al fin, consiguió abrazar a su padre.

El periodista y Gastón Marsac, que a última hora también había acudido, quedaron en un segundo plano.

—La pesadilla ha terminado —comentó Tony, exhalando un suspiro.

—Por supuesto, pero te digo la verdad; hubiera renunciado a él de buena gana, con tal de que a Marina no le sucediera nada.

—Te ha dado muy fuerte.

—Es una buena chica.

—Sí. Pero cometió el error de confiar en quien no debía.

—La tenían atemorizada. Temía por su padre.

—Es lógico, aunque la historia del documento robado fuese falsa.

—No se ha cansado de repetirme que todo lo hizo siguiendo instrucciones de Anastas Bora. Por cierto... ¿Han detenido ya, a Herbert Lodge?

—¿No te has entelado? ¡Oh, claro! Prácticamente, no te has movido del lado de Marina desde ayer.

—Cierto. ¿Qué ha pasado?

—El pájaro voló. Husmeó que las cosas se le habían puesto feas y huyó con su avión particular y me temo que no huía solamente de nosotros.

—¿De quién, entonces?

—Tenía apalabrado con alguien, la llamémosle venta del profesor. Es posible, incluso, que hubiera cobrado algo a cuenta, aunque me temo que esto ya no lo sabremos nunca.

—No te entiendo.

—Lodge, además de temer a la policía, le aterraba la idea de que le pidieran cuentas los otros. Los interesados en adquirir los servicios de Albert Y esa gente, sean quienes fueren, no perdonan. Antes de verse descubiertos eliminan.

—¿Quieres decir que...?

—No se sabe exactamente lo que ocurrió. Lo cierto, es que la noticia ha surgido por los teletipos a primeras horas de esta mañana. Un avión particular ha estallado en pleno vuelo sobre las montañas suizas. Era el aparato de Lodge.

—¿Sabotaje?

—¿Tú qué crees?

Tony se encogió de hombros.

—Bueno... supongo que para él ha sido mejor así, aunque a esa clase de tipos no bastaría con matarles una sola vez.

—Pienso como tú, pero esto ya no hay quien lo mueva. El *dossier* será cerrado.

Marina se aproximaba con su padre, al que quería presentar a Tony y también a Gastón, que tan eficazmente habían intervenido.

Los agentes de la Seguridad Nacional francesa aguardaban al profesor. Tenían muchas preguntas para hacerle, relativas al caso.

—Gracias por todo lo que han hecho por mi hija —agradeció el hombre, emocionado.

Era un individuo alto, recio, de movimientos rápidos y pensamiento veloz.

—No ha podido contarme gran cosa, pero sólo tiene palabras de alabanza para ustedes.

—Hicimos lo que debimos, señor —dijo Tony, estrechando su mano.

—Es un honor para mí conocerles.

—El mío es el de estrechar la mano de un hombre como usted.

No hubo tiempo para mucho más, pero el profesor prometió departir un día con todos, y manifestó sus propósitos.

—Voy a descansar una temporada. Compraré una villa, en cualquier parte. Algo que sea económico, funcional y cómodo; sobre todo, cómodo. Cuando esté instalado me gustará recibirles.

Poco después, la comitiva emprendió el regreso. Tony, Marina y Gastón les seguían detrás con un automóvil que conducía el periodista.

—¿Te sientes feliz? —inquirió Tony a la muchacha que ocupaba el asiento contiguo.

—¡No sabes cuánto! Casi no puedo creer que hayan ocurrido tantas cosas...

—Por cierto —intervino el de la judicial—. Tony, tienes cuentas pendientes con los de la Seguridad Nacional.

—No bromees.

—En serio. Golpeaste a uno de sus agentes.

—¿Yo? Tú deliras.

—Sí, hombre. En La Fourvière...

—¿Eh?

—¡Sí, hombre! El tipo que te seguía, y al que golpeaste.

—Pero ese individuo...

—Te seguía a ti para protegerte. Te lo pusieron expresamente, dada tu inexperiencia.

—¡Cielos! ¿Y yo cómo diablos podía saber que era de la Seguridad Nacional?

A Marina le dio por reírse y Gastón la secundó. Luego fue Tony el que se adhirió también a las carcajadas.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

